

ANSELM GRÜN

*Habitar
en la casa del amor*

Colección «EL POZO DE SIQUEM»
180

Anselm Grün

Habitar en la casa del amor

Editorial SAL TERRAE
Santander

Título del original alemán:
Im Haus der Liebe wohnen
© 1995 by Kreuz Verlag GmbH & Co,
Stuttgart, Zürich

Traducción:
José Pedro Tosaus Abadía

© 2005 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier método o procedimiento,
incluidos la reprografía y el tratamiento informático,
así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos.

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1610-8
Depósito Legal: 1590-05

Fotocomposición:
Sal Terrae – Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

Índice

<i>Introducción</i>	11
¿De qué vive el ser humano?	13
1. El ansia de amor	15
El ansia del enamoramiento	18
El ansia del amor puro	20
2. Las complicaciones del amor	25
Destinos de amor en la literatura universal	26
El desvanecimiento del amor	29
Expectativas exageradas sobre el amor	31
Amor y celos	33
3. El amor crucificado de Dios	37
Habitar en la casa del amor	40
Tú eres mi hijo amado, mi hija amada	43
El amor ante la muerte	46
El amor como sanación de mis adicciones	47
4. Amor humano y amor divino	53
La fuente divina del amor	54
Ser amor	55
Experiencia del amor humano y del amor divino	57
Estar cerca de uno mismo	59

Cómo abordar experiencias de carencia	60
El amor de Dios como condición de posibilidad del amor humano	62
5. La dimensión erótica del amor de Dios	64
La espiritualidad como represión de la sexualidad ...	67
La sexualidad como sucedáneo de la espiritualidad ..	70
La euforia como huida de la sexualidad	72
La mística como integración de la sexualidad en la espiritualidad	74
6. La fuerza sanadora del amor	80
La transformación en virtud del amor	81
Tomar el amor	87
Cerrarse al amor	88
La ambivalencia del amor	92
7. Los caminos psicológicos y espirituales de la sanación	95
La herida remite al amor	97
Mistagogía (iniciación) en el amor de Dios	98
La experiencia sanadora del amor de Dios	102
Las huellas del amor en la infancia	103
La meditación de declaraciones bíblicas de amor	104
Conducir hasta el amor de Dios con prudencia	106
8. El don del amor	114
El Cantar de los Cantares	114
Amor y dolor	119
El sublime canto paulino al amor	122
Conclusión	133

*Quien no ama no tiene existencia,
no existe, ha muerto.
Quien se deleita en amar
se levanta de entre los muertos,
y sólo quien ama está vivo.*

Robert Walser

Introducción



Mis amigos llevaban ya tiempo pidiéndomelo: «¡Escribe algo sobre el amor!». Yo siempre les decía que no: la palabra «amor» es demasiado elevada para mí. Es probable que no haya otra palabra de la que se use y abuse tanto. Unos equiparan amor con sexualidad. Las canciones de moda hablan de un amor eterno, por el cual entienden un enamoramiento romántico. También en los círculos eclesiales se utiliza con bastante frecuencia esta palabra como mera fórmula vacía. En este caso, el amor del que se habla es el de Dios, pero no se percibe nada de él. Son meras palabras que interesan a la cabeza, pero que dejan frío el corazón. A veces el amor se utiliza en la Iglesia como arma para sofocar en su origen todo conflicto y reprimir toda opinión independiente. En nombre del amor se disculpa todo. Si resulta que se ha preparado chapuceramente una reunión, no hay más remedio que aguantarlo con amor. Si uno se enfurece ante una argumentación errónea, ha de tolerarla igualmente con amor. En otros casos se moraliza con la exigencia de que debemos amar a todos y no hemos de tener comportamientos agresivos. Se alza el vuelo con bellas formulaciones, como la de que debemos estar siempre llenos de amor. Luego las cosas son de otra manera. Ahí tenemos ese eslogan que suena tan bien, pero

que, pese a ello, es intrínsecamente erróneo: «El cristiano es sólo para los demás». ¿Acaso el cristiano no es nada en sí mismo? ¿No es el hijo amado y la hija amada de Dios? ¿No es esto realidad? Tales abusos de la palabra «amor» me habían quitado hasta ahora las ganas de escribir sobre este tema. Además, tenía yo siempre escrúpulos de hablar de mi amor a Dios o del amor de Dios por mí, porque, cuando otros hablaban de ello con demasiada ligereza, sus palabras solían sonarme como meras fórmulas vacías.

Pues bien, durante mis ejercicios espirituales tuve, sin embargo, un sueño. Al final de dicho sueño se me hacía esta invitación: «¡Despierta en los seres humanos el anhelo del amor, el anhelo del amor triple!». Y al mismo tiempo escuché que de me decía: «¡Pero hazlo con prudencia!». Me di cuenta de que no podía hablar inmediatamente del amor de Dios, sino que debía recoger a la gente allí donde la gente está; allí donde tiene su experiencia del amor; allí donde está desgarrada entre el sentimiento de dicha del amor logrado y la decepción del amor fracasado; allí donde querría gustosamente amar, pero no es capaz; allí donde anhela amar y ser amada, pero su anhelo no queda nunca saciado. Por eso, cuando Hildegunde Wöller, de la editorial Kreuz, me preguntó si no me gustaría escribir algo sobre la experiencia del amor de Dios como verdadero fundamento de nuestra vida, lo entendí como una señal que me invitaba a seguir mi sueño.

Me parece, no obstante, que lo que interesa no es multiplicar las muchas palabras sobre el amor, sino escribir sobre el amor de Dios y nuestro amor humano de manera que podamos también experimentarlo, y experimentarlo mediante la experiencia de que nuestras heridas quedan sanadas, y nuestro anhelo más profundo cumplido. Al ponerme a ello, me veo como quien, tras perder el lenguaje

a causa de un ataque de apoplejía, por ejemplo, empieza a balbucear de nuevo las viejas palabras. Espero no limitarme simplemente a repetir las palabras, sino a decirlas de tal manera que el corazón se sienta entendido.

¿De qué vive el ser humano?

El lenguaje popular responde a la pregunta «¿De qué vive el ser humano?» de igual manera que los dos poetas rusos Tolstoi y Solzhenitsin: «Del amor». Evidentemente, el ser humano sabe en lo más íntimo de sí que su vida sólo tiene éxito si ama y es amado, si experimenta amor y puede dar amor. Sin amor, la vida se convierte en un infierno, resulta insostenible. Verdad es que sin amor se pueden realizar grandes obras, se puede llegar a ser una persona famosa y admirada; pero sin amor no se puede vivir de manera plena. Sin amor, la vida resulta vacía y fría. Thomas Mann describió esto de manera impresionante en su novela *Doktor Faustus*: cuando al compositor alemán Adrian Leverkühn ya no se le ocurre nada a la hora de componer, cuando su creatividad amenaza con volverse estéril, hace un pacto con el diablo. Dicho pacto le posibilita crear obras geniales. Pero la condición es que no puede amar a nadie: «El amor te está prohibido en la medida en que dé calor. Tu vida ha de ser fría; por eso no puedes amar a nadie»¹. Con ese pacto con el diablo, Thomas Mann quería describir la Alemania fascista. Pero lo que Leverkühn hizo es, en efecto, una tentación que hoy en día se les pre-

1. Thomas MANN, *Doktor Faustus. Das Leben des deutschen Tonsetzers Adrian Leverkühn*, Frankfurt 1975, p. 332 (trad. cast.: *Doktor Faustus*, Ediciones Altaya, Barcelona 1995).

sentada a muchos: la de subir en la escala profesional sin pararse en barras, sea como sea, y, de ese modo, perder el alma y quedarse frío en el corazón.

Hoy se nos plantea el interrogante de si queremos vivir desde el amor –desde el amor de Dios como auténtico fundamento de nuestra vida y desde la capacidad de amarnos mutuamente– o si sólo queremos ser grandes, si vendemos nuestra vida al rendimiento y a la fama, a costa del amor. Con el presente libro quisiera yo hacer una invitación; una invitación a habitar en la casa del amor, a vivir desde el amor y a reconocer el amor como la manera en que nuestra vida puede ser realmente digna de ser vivida. Quisiera poner de manifiesto que el amor es la verdadera fuerza capaz de sanar nuestras llagas. Las heridas que cada uno llevamos consigo no las sanan los métodos psicológicos, sino, en última instancia, el amor; y no sólo el amor del terapeuta o del pastor de almas, sino el amor de Dios. Este amor de Dios, que para muchos es tan abstracto, quisiera yo hacerlo comprensible como la verdadera experiencia de sanación y liberación, de realización y consumación de nuestra vida. Soy consciente de que no es tarea fácil, pues se ve limitada por el propio lenguaje, pero también por las connotaciones que las palabras sobre el amor tienen para cada lector. Cada cual entenderá las palabras que lea desde su experiencia concreta. A quien anhela sobre todo un amor sexual, lo que se dice sobre el amor de Dios le sonará abstracto y vago. Quien ha escuchado en la iglesia sermones moralizantes sobre el amor al prójimo será alérgico a determinadas expresiones. Me gustaría que el lector se desprendiera por una vez de sus prejuicios y fuera capaz de dejarse introducir de nuevo en el misterio del amor para aprovechar el amor que ya está en él y lo rodea por todos lados.

1

El ansia de amor



Todo ser humano ansía el amor. No tenemos más que escuchar las canciones de moda o ver en televisión los programas dedicados a los temas «del corazón». A todas horas se habla de cómo suspiran los seres humanos por el amor, de cómo dicho amor debería hacerles dichosos y cómo con bastante frecuencia, sin embargo, les deja insatisfechos. En todo ello tiene prioridad el ansia de ser amado por otra persona, de ser aceptado incondicionalmente por otro. Son muchos los que suscriben la equivalencia: «Soy amado, luego existo». Se experimentan a sí mismos como valiosos cuando son amados por otra persona. Quien ha experimentado este amor es capaz de descansar en sí mismo. Pero quien ha quedado defraudado en su ansia de amor puede ver cómo dicha ansia se le convierte en una adicción. Anda entonces dándole vueltas constantemente a la pregunta de si gustará a los demás, de si el hombre o la mujer que ama le ama a su vez, o si su amor no es correspondido. Ya los niños pequeños le dan vueltas a la cuestión de ser amados. Se ponen celosos cuando sus padres se dedican más al hijo menor. Observan minuciosamente cuánto tiempo emplea la madre con cada hijo. Y andan

muy despiertos para poder reclamar la misma cantidad de tiempo que sus hermanos. Ésta es también la cuestión de fondo que se plantea en muchas aulas escolares. En ellas se entablan entre los chicos luchas de poder para alcanzar el reconocimiento de la muchacha más bonita, para conquistar a la muchacha más deseada. Y las muchachas ansían tener un novio lo antes posible, para no sentirse inferiores. El novio es como un símbolo de categoría social que ellas necesitan para su autoestima. Pero estas formas de amor son a menudo inmaduras. En ellas, el fondo de la cuestión es más la atracción del otro sexo, el hallazgo de la propia identidad. Pero precisamente en la pubertad se abre también paso la fuerza del amor, la experiencia única de que no sólo soy reconocido y apreciado por una muchacha, sino que realmente me aman por mí mismo. En esa etapa, chicos y chicas sueñan con un amor que haga descender un encantamiento sobre la realidad entera. En los innumerables momentos en que sueñan despiertos, fantasean acerca de cómo serían las cosas si el chico o la chica de quien están enamorados correspondiera a su amor y sólo existiera para ellos. Experimentan tan intensamente esta fascinadora fuerza del enamoramiento que lo darían todo por amar y ser amados.

En el acompañamiento espiritual es frecuente que se mencione el ansia de ser amado de una vez por la madre o por el padre. En un caso, una mujer ha empleado toda su energía para que su padre le preste atención de una vez y la ame. Y continuamente vuelve a quedar decepcionada. El anhelo del padre la acompañará toda la vida, aun cuando haga ya tiempo que él haya muerto. En otro caso, un hombre ansía el amor de su madre. Pero cada vez que está junto a ella, no hacen más que producirse nuevas discusiones. Puesto que no recibe lo que espera de su madre, re-

acciona agresivamente ante cada una de sus palabras. Cuanto menos han colmado los padres nuestra ansia de amor, tanto más intensamente determina dicha ansia nuestra psique... y tanto más embrolladas se hacen las relaciones con el padre y la madre. Del amor a la madre surge entonces con frecuencia un amor-odio. La hija no se libera de la madre. Ansía su amor y, al mismo tiempo, la odia porque no se lo da. El hijo permanece apegado al amor de la madre y se incapacita para amar realmente a su mujer. Al mismo tiempo, el amor abrumador de la madre lo empuja constantemente hacia otras mujeres, en la esperanza de liberarse finalmente de dicho amor para el verdadero amor. Pero es un círculo vicioso del que sólo con dificultad podrá salir.

En los cursos para jóvenes veo que las historias de relación son una y otra vez un contenido determinante de las conversaciones mantenidas en la confesión y de las entrevistas de acompañamiento espiritual. En un caso, un joven sufre por el hecho de no encontrar a una chica que lo ame. Siempre que ama a una muchacha, resulta que su amor no se ve correspondido. Tampoco se atreve a declararle a la joven su afecto. O bien se ve rechazado, pues ella tiene ya novio. En otro caso, una mujer lleva muy mal su soledad. Cuando era joven, tenía muchos admiradores. Entonces jugaba con ellos. Era tan bonito ser independiente... Ahora le resulta cada vez más difícil encontrar un compañero adecuado. Y, sin embargo, éste es su deseo más ardiente.

A menudo, en el ansia de amor entran además a hurtadillas otros deseos. En un caso es el deseo de estar atendido, de no permanecer solo, de fundar una familia, de encontrar un sentido en la vida. Sin amor, uno se siente solo, tiene miedo al futuro, a envejecer. La cuestión de fondo no es sólo el amor, sino también el propio valor. Sin hijos, al-

gunos se sienten carentes de valor. Pero, en última instancia, en todo amor la cuestión de fondo es si soy digno de ser amado por otro. Al amor le es inherente el deseo de ser único para otra persona, de que el otro sólo me ame a mí. La experiencia de la propia dignidad está relacionada con la experiencia de un amor que se refiere a mí en mi unicidad, en el cual puedo ser enteramente yo mismo y con el cual descubro por primera vez las facultades y posibilidades que hay en mí.

En definitiva, las muchas canciones de moda que cantan al amor hablan siempre del ansia de una relación lograda, de un amor que dura eternamente, que colma todas las ansias, en el que se puede descansar, que le procura a uno una dicha eterna... Aun cuando las canciones de moda cantan a menudo este amor de manera muy llamativa, ponen de manifiesto, sin embargo, lo que mueve a los seres humanos en lo más íntimo de sí.

La pregunta es: ¿cómo podemos los pastores de almas responder a este ansia de amor de manera que a la gente le llegue? Sólo podremos responderles si conectamos profundamente en el plano de los sentimientos con su anhelo y si admitimos el anhelo propio, lo miramos y confiamos en él.

El ansia del enamoramiento

En el ansia de amor, la cuestión de fondo no es únicamente ser amado por el otro. Muchas personas viven el enamoramiento en sí como fuente de renovación y encantamiento. Una joven me contaba que se enamora una y otra vez, y que en cada ocasión hay algo dentro de ella que cobra vida. Es capaz de disfrutar el enamoramiento aun cuando no sea correspondida por el hombre del que se ha enamorado,

pues en esa situación se experimenta a sí misma de manera nueva. Cada vez que se enamora, descubre aspectos nuevos de su propia persona. La gris cotidianeidad se ilumina, y ella flota sobre las nubes. Todos ansiamos poder amar, poder romper la coraza de la propia reserva y abrimos del todo, entregarnos del todo, a otra persona. El amor transforma al amado, lo crea de nuevo. Verena Kast ve en esto la esencia del amor: «Quizá el amor surja, se ponga en marcha, sólo cuando somos capaces de ver dentro de la persona amada sus mejores posibilidades y de hacerlas aflorar con amor; posibilidades que la llevan más allá de la estrechez de lo que ha llegado a ser hasta el momento, que abren su vida a algo que no creía posible»².

Las personas maduras saben que el estado de enamoramiento no dura demasiado. Ansían poder amarse mutuamente para siempre. A este ansia de amor duradero le es también inherente el ansia de fiabilidad y fidelidad, de seguridad y de una perspectiva para el futuro. El amor, que va madurando tras el estadio del enamoramiento, acepta al otro con todos sus condicionamientos. Está referido al otro tal como es. Está libre de las proyecciones que tan importante papel desempeñan en el enamoramiento. No fija al otro en el estado que tenía al comienzo del amor, sino que pasa con él por todas las evoluciones y transformaciones. Se aferra al otro aun cuando éste enferme y se debilite, llegue a tener un aspecto desagradable y envejezca. En un amor así, el ser humano sana, es creado de nuevo, por así decirlo.

2. Verena KAST, *Paare. Beziehungsphantasien oder wie Götter sich in Menschen spiegeln*, Stuttgart 1984, p. 15 (trad. cast.: *La naturaleza del amor: las relaciones de pareja a través de los mitos*, Paidós Ibérica, Barcelona 2000).

El ansia del amor puro

Cuando decimos de otra persona que es todo amor, no nos referimos a su gran amor por su cónyuge o su pareja. También existe un amor que se aplica a todo: a todos los seres humanos, a los animales, a las flores, a cualesquiera actividades... Existe el amor al momento presente. Amar es, evidentemente, algo más que estar enamorado de otra persona. «Amar» denota atención benevolente a todo. Una persona que es toda ella amor se trata cariñosamente a sí misma, cuida con mimo las flores de su habitación, acaricia al perro con el que se encuentra, puede contemplar con amor el paisaje... Irradia un calor y un amor que hace bien a todos cuantos se le acercan. Su amor no es rebuscado. No debe arrancárselo a su agresividad. Tiene comprensión para con las personas de su entorno. Reacciona con misericordia y clemencia y renuncia a juzgar con dureza. Verena Kast habla, a este propósito, de una actitud amorosa con todo, no sólo con un tú concreto. Para ella, el amor no es simplemente un sentimiento entre seres humanos. «El amor es, ante todo, un sentimiento mío, que me sobreviene, que se pone en marcha en mí; pero al mismo tiempo busca siempre una vinculación con un tú, ya sea una pareja, una cosa, la Naturaleza o Dios. Considero el amor como el sentimiento que une gustosamente lo separado y que, sin embargo, sabe que a la postre debemos seguir siendo individuos»³. Una mujer me contaba que después de la meditación había sentido en su interior una profunda ternura por todo. Era primavera. Era capaz de amar todo cuanto la rodeaba y todo cuanto había en su interior.

3. *Ibid.*, pp. 153s.

Estaba, sencillamente, llena de amor. Aquello fue para ella una profunda experiencia espiritual.

Una persona así, de actitud amorosa, era al parecer el starets Zósimo, a quien Dostoievski describe en *Los hermanos Karamázov* y del que transmite como legado las siguientes palabras: «Hermanos míos, no temáis al pecado; amad al hombre aunque sea un pecador, pues así seguiréis el ejemplo del amor divino, al que no se puede comparar ningún amor de la tierra. Amad a toda la creación en su conjunto y a cada uno de sus elementos: amad cada hoja del ramaje, cada rayo de luz, los animales, las plantas... Amando las cosas comprenderéis el misterio divino de todas ellas. Y, una vez comprendido, penetraréis en esta comprensión cada vez más. Y terminaréis por amar al mundo entero con un amor universal»⁴. Para Dostoievski, el amor es siempre universal; se dirige a todas las cosas, y no sólo a un único ser humano. El amor descubre en todas las cosas el misterio de Dios: en cada rostro humano, pero también en cada mota de polvo, en cada brizna de hierba. Al parecer, Dostoievski tiene ante sus ojos a una persona que es enteramente amor, cuyos ojos rebosan amor, que manifiesta el amor en cada gesto, en cada palabra, en cada mirada, en cada movimiento... Para Dostoievski, el misterio de la vida humana estriba en esta capacidad para un amor puro, tal como se hace visible en Zósimo y en el más joven de los hermanos Karamázov, Aliosha. Para el poeta ruso, el infierno consiste en el «sufrimiento de no poder amar»⁵. Pero quien se encuentra con una persona

4. F.M. DOSTOIEVSKI, *Die Brüder Karamasow*, Berlin 1950, p. 425 (trad. cast. del original ruso: *Los hermanos Karamázov*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona 2003).

5. *Ibid.*, p. 651.

que realmente ama, experimenta que queda libre del menosprecio de sí, sobre el que tanto previene Zósimo a la gente. La apasionada y cruel Gruchenka le dice a Aliosha: «Toda la vida he estado esperando que alguien como tú me trajera el perdón. Siempre he creído que se me podía querer a pesar de mi deshonor»⁶.

En sus novelas, Dostoievski ha esbozado otras dos figuras que dan cuerpo al misterio del amor. En ambos casos se describe el amor intenso y apasionado entre hombre y mujer; pero, al mismo tiempo, a través de su amor mutuo se trasluce el amor divino tal como se nos ilumina en Cristo. Una de esas figuras es la Sonia de *Crimen y castigo*, que sigue al asesino Raskólnikov hasta el campo de trabajo en Siberia, esperándolo con su amor. Todos los presidiarios le toman cariño a esa mujer enjuta que espera a que Raskólnikov se arrepienta de su crimen y resucite, como Lázaro, de entre los muertos. En una ocasión, Sonia le había leído al asesino el relato de la resurrección de Lázaro. Éste es el hilo narrativo que Dostoievski pone como base de su relato. Finalmente, tras muchos encuentros llegó el momento: «Cómo fue aquello, ni ellos mismos lo sabían; pero de pronto algo pareció tomarlo a él y echarlo a los pies de ella. Lloraba y abrazaba sus rodillas. En un primer momento, ella se asustó enormemente, y su cara adquirió la palidez de un cadáver. Saltó de su sitio y, temblorosa, se le quedó mirando. Pero inmediatamente, en aquel mismo instante, lo comprendió todo. En sus ojos resplandeció una infinita felicidad; comprendía, y ya no había duda para ella de que él la amaba, la amaba infinitamente, y que había llegado por fin el momento. Quisieron

6. *Ibid.*, p. 718.

hablar, pero no les fue posible. Había lágrimas en sus ojos. Ambos estaban pálidos y flacos; pero en aquellos rostros enfermizos y pálidos refulgía ya la aurora de un renovado porvenir, de una plena resurrección a una nueva vida. Los resucitaba el amor; el corazón del uno encerraba infinitas fuentes de vida para el corazón del otro. Resolvieron aguardar y tener paciencia. A él le faltaban todavía siete años; y hasta entonces, ¡cuánto tormento insufrible y cuánta infinita dicha! ¡Pero él había resucitado y lo sabía, lo sentía con todo su ser renovado, y ella..., ella vivía únicamente de la vida de él!»⁷. Éste es, probablemente, el mayor misterio del amor: puede resucitar a una persona de la muerte, rompe la coraza de la culpa y la dilaceración de uno mismo y suscita nueva vida. El asesino, que hasta entonces había mirado a todos sus compañeros de presidio con ojos sombríos, a partir de ese momento les toma cariño. Dostoievski interpreta este amor de Sonia con la historia bíblica de la resurrección de Lázaro. En ésta, el amor de Jesús atravesó la piedra bajo la cual yacía Lázaro envuelto en su mortaja, muerto hacía ya cuatro días. El amor aparta la piedra que está puesta sobre el muerto y le impide vivir. Con frecuencia es la piedra del endurecimiento interior o la desesperación. Uno deja de creer en el amor, y eso le hace duro y frío. El amor atraviesa la piedra y hace salir al muerto. El amor entre hombre y mujer puede liberar a los muertos devolviéndolos a la vida, es una fuente inagotable de vida que es más fuerte que la muerte... Imposible describir ese amor de manera más bella.

7. F.M. DOSTOIEVSKI, *Schuld und Sühne*. München 1920 (trad. cast. del original ruso: *Crimen y castigo*, Planeta, Barcelona 1996¹¹).

En *Crimen y castigo* triunfa el amor. Por el contrario, en la novela *El idiota* el amor puro del príncipe Mishkin no encuentra su lugar en este mundo. Con el personaje del idiota, Dostoievski esbozó una figura de Cristo. Lo mismo que Cristo no es entendido en un mundo de odio y de inhumanidad, tampoco hoy tiene oportunidad alguna un amor tan puro como el encarnado por el ingenuo príncipe Mishkin. Es verdad que Natasha Filippovna siente que el amor del príncipe podría curarla, pero ella se decide finalmente por el amor del hombre que luego habría de convertirse en su asesino, Rogoshin. En este caso Dostoievski describe de manera impresionante cómo el amor puede matar cuando no es limpio y puro como el del epiléptico príncipe Mishkin, quien al final, al ver asesinada a la mujer que tanto había amado, recae de nuevo en su enfermedad. En un mundo en el que el amor se ve tan pervertido que ya no resucita, sino que mata, el amor puro sólo puede ya esconderse detrás de la enfermedad. Con esta novela arrebatadora, Dostoievski pretendía despertar en nosotros el ansia de un amor puro y limpio, como el que ejemplificaron para nosotros con su vida el príncipe y Jesucristo. Sólo ese amor es capaz de despertar la vida y sanar a los seres humanos heridos.

2

Las complicaciones del amor



Lo que Dostoievski describió en su novela *El idiota* como amor homicida es un fenómeno con el que también nosotros solemos encontrarnos una y otra vez. Con la misma intensidad con que los seres humanos anhelan el verdadero amor, experimentan a menudo que su amor se trueca repentinamente en odio y celos, en venganza e incluso en la disposición a matar a la persona amada. Aun cuando el amor siga siendo igual de intenso, en él se entremezclan dudas sobre si el otro me ama en efecto exclusivamente o si no querrá a otro más que a mí. Y no es tan fácil, en absoluto, apartar tales pensamientos. Éstos pueden anidar en el corazón y oscurecerlo. Sentimos que no se puede dar por sobreentendido que el amor prospere. De hecho, está siempre amenazado por la duda sobre el amor del otro y por la incapacidad propia para amar realmente.

Muchas personas confunden amar con poseer. Quisieran tener a la persona amada para ellas solas. La consideran propiedad suya, propiedad que no están dispuestas a compartir con nadie más. Se aferran a ella para que sólo pueda amarlas a ellas. La mujer se pone celosa cuando su novio habla con otra mujer. El hombre no puede soportar

que su mujer vaya a ver a una amiga con la que se lleva bien, pues podría hablar con ella sobre él y sobre su relación. Los celos pueden convertirse en una cárcel en la que encerramos a nuestra pareja. Pero cuanto más aferramos a la persona amada, tanto más la coartamos y provocamos en ella comportamientos agresivos e incluso, a menudo, odio.

Muchas veces somos incapaces de amar de veras, porque nuestro amor está influido por nuestras vivencias precedentes. En unos casos, tal vez hayamos tenido de niños la experiencia de habernos vistos abandonados cuando necesitábamos a la madre o al padre. Nos dejaron solos cuando gritábamos en nuestra cama de niño pidiendo ayuda. Tuvimos que pagar por el amor de los padres siendo especialmente buenos y sometiéndonos a sus deseos. Nos ajustamos a sus expectativas. Las peleas entre los padres eran una base quebradiza para nuestro amor. Vivíamos *constantemente con el miedo a perderlo si nuestros padres llegaban a separarse*. En otros casos, recibimos de los padres un amor acaparador que, en efecto, lo da todo, pero que también obliga al agradecimiento. En otros casos más, quedamos heridos en nuestro amor a los padres cuando nuestra necesidad de cercanía y ternura se utilizó para ridiculizarnos. Nuestra capacidad de amor está mermada a causa de las experiencias de carencia de nuestra vida y las estructuras neuróticas que probablemente cada uno de nosotros arrastra consigo. Por eso se requiere recorrer un largo camino para aprender el amor maduro.

Destinos de amor en la literatura universal

La literatura universal está llena de ejemplos de cómo el amor puede convertirse en una tragedia, de cómo el amor fracasa y arrastra a la gente al abismo. En muchos casos

son historias de triángulos. Un hombre ama a una mujer casada, la cual, a su vez, se siente dividida entre los dos hombres. Así lo describe Graham Greene en *El fin de la aventura*. En esta obra, el escritor Bendrix ama a la atractiva Sarah, que está casada con un funcionario conservador llamado Henry. Tanto Sarah como Bendrix experimentan simultáneamente en su tempestuoso amor que no son capaces de amar verdaderamente. Sarah escribe en su diario: «Siempre tengo el deseo de ser cuidada, deseada, admirada. Un sentimiento terrible de inseguridad se apodera de mí cuando un hombre se vuelve en mi contra, cuando pierdo un amigo. No quiero perder ni siquiera un esposo. Quiero poseerlo todo, en cada momento, en todas partes»⁸. Y aunque Bendrix idolatra a Sarah, la atormenta una y otra vez. Y en su amor se mezcla el odio. Sarah se ve obligada a confesar al final de su vida: «¡Dios mío!, he intentado amar y lo he echado a perder todo absolutamente». Y advierte que el amor a Dios era el verdadero requisito para poder amar también a una persona humana de manera real y auténtica. Contempla la cruz, colgada en su habitación, y le habla a Cristo: «Si pudiera amarte, sabría también cómo debo amar a los demás. [...] ¡Enséñame a amar! No me aflige mi dolor. Es el de ellos el que no puedo soportar. Prolonga mi dolor, pero sana el de ellos. ¡Dios mío, ojalá bajases por un momento de tu cruz y pudieses dejarme ocupar tu lugar! ¡Si pudiera sufrir como tú, podría también sanar como tú!»⁹. Así, en medio del fracaso del amor humano surge el barrunto de otro amor: el que Dios siente por nosotros y el que nosotros sentimos por Dios. Si

8. Graham GREENE, *Das Ende einer Affäre*, Hamburg 1974, p. 87 (trad. cast. del original inglés: *El fin de la aventura*, Edhasa, Barcelona 1985).

9. *Ibid.*, p. 113.

nuestro amor no estuviera fijado en los seres humanos que deseamos tener para nosotros a toda costa, sino que tuviera su fundamento en Dios, seríamos capaces de amarnos mutuamente sin utilizar al otro para nuestro beneficio y sin herirlo constantemente.

En la literatura universal abundan las tragedias de amor. Ahí tenemos el caso de Tristán e Isolda, que se enamoran ardientemente el uno del otro, pero no pueden juntarse porque Isolda pertenece al rey Marke. Gottfried de Estrasburgo compuso esta novela de amor en torno a 1210. Desde entonces, este material ha sido retomado una y otra vez, hasta llegar a Richard Wagner. Allí donde domina el poder, no tiene cabida el amor. Allí donde el hombre defiende un derecho legal sobre la mujer, el amor no tiene posibilidad alguna. Ahí tenemos a Romeo y Julieta, que se ven atrapados entre dos familias italianas enemistadas y que no encuentran salida alguna que no pase por la muerte de ambos. Allí donde las convenciones llevan la voz cantante, al amor no le queda más salida que la muerte. En su famosa pieza teatral, Shakespeare describió lo cerca que todo gran amor está de la muerte. Para él, el amor es un enigmático don celestial que, pese a toda la oscuridad y brutalidad de quienes pretenden sofocarlo, aún triunfa sobre la muerte. Evidentemente, la sociedad se siente amenazada por el amor. Para ella, el mantenimiento del orden es más importante que la fuerza del amor que hace saltar toda estructura social. Así, los grandes amantes son perseguidos, y con bastante frecuencia empujados a la muerte, por personas envidiosas y por quienes se han quedado con las ganas. También en el caso de Jesús fue, al parecer, su amor, que hacía saltar toda estrechez legalista, lo que le acarrió la muerte. Para Jesús, la verdadera amenaza para la humanidad es «que el amor de muchos se en-

fríe» (Mt 24,12). Su amor, que llega a su consumación en el dolor de la cruz, es una protesta permanente contra el enfriamiento del amor.

El desvanecimiento del amor

Pero el amor no fracasa sólo porque el entorno no lo permita, sino también porque él mismo se rompe. Muchos trágicos divorcios ponen de manifiesto lo dolorosamente que puede terminar el amor. En un caso se trata de una mujer que ya al comienzo de su amor se da cuenta, en efecto, de la introversión del hombre al que ama, pero que cree que con su amor puede influir saludablemente en él. Y al cabo de veinticinco años acaba dándose cuenta de que su marido ha estado engañándola continuamente con otras mujeres y la ha utilizado sólo como asistente barata. Ahora él ya no quiere tener nada que ver con ella. De hecho, la hiere, destruyendo con su criminal energía hasta el fundamento económico de la vida de ella. Ella creyó en el amor y volcó en él toda su fuerza. Ahora se encuentra ante el montón de ruinas de su vida. Su vida entera ha sido mal empleada. Ella sola cayó en una ilusión. Duele infinitamente tener que reconocerlo.

Un fenómeno que padecen muchos amantes es el cambio repentino del enamoramiento en desencanto, y a menudo hasta en distanciamiento. En algunos casos, los enamorados se juran fidelidad eterna y, tras apenas unas semanas, se pelean de tal manera que los sentimientos se pierden. Se sorprenden de que no haya quedado ya nada de la emoción del enamoramiento. Le reprochan al otro que se haya vuelto tan distinto que ya no quede en él nada digno de amor. Sencillamente, no pueden explicarse que el

amor se haya desvanecido en ellos. Pero la culpa ha de tenerla el otro. Rechazan de plano que ese hecho también pueda tener que ver con la proyección propia.

Pero un desvanecimiento tan rápido del amor pone de manifiesto en la mayoría de los casos que sólo se ha amado una imagen del otro, pero no al otro tal como es realmente. Cuando la imagen se rompe, y el otro aparece tal como es en realidad, se esfuma también el amor que tenía como objeto la imagen y no al otro. Ernst Bloch dice a propósito de este fenómeno: «Una imagen demasiado inicial no gusta de encarnarse. Sobre todo cuando la imagen ideal se alimenta más del amante que la forja que del amado al que se aplica. De ahí que las almas muy románticas, muy enamoradas en el tiempo fabuloso del nuevo amor, y débiles además para la realidad, se distinguen en general por su aversión al cumplimiento, y especialmente por su odio al matrimonio»¹⁰. El verdadero amor renuncia a las imágenes del otro. Se refiere al otro tal como es. Max Frisch lo describe así en su diario: «Resulta notable que precisamente de la persona que amamos podamos expresar mínimamente cómo es. Sencillamente, la amamos. Justamente en eso consiste el amor, lo maravilloso del amor: en que nos mantiene pendientes de una persona viva, dispuestos a seguirla en todas sus posibles evoluciones»¹¹.

Muchos no saben de dónde viene repentinamente ese súbito cambio de los sentimientos. Cuando están juntos, perciben a menudo sentimientos positivos y negativos con respecto al otro. Unas veces, uno está enamorado y anhela al otro. Luego se le presentan de golpe dudas de si el

otro es realmente fiel y sólo le ama a uno. Y tales dudas alimentan ya el afán de venganza. Otras veces aparecen de repente pensamientos sobre cómo se podría herir al otro. Es frecuente que las dudas no tengan ningún fundamento real en absoluto. Pero uno se imagina tantas cosas sobre el otro que, llegado el momento, ya no se puede discernir si algo responde a los pensamientos propios o a la realidad. Pero también los pensamientos sobre el posible comportamiento de la persona amada pueden hacer surgir de golpe sentimientos de enfado, rabia, depresión o celos que ponen en peligro el amor.

De hecho, resulta extraña la escasa distancia que separa los pensamientos y sentimientos de amor y de odio. Se entremezclan unos con otros y ponen de manifiesto lo frágil que es nuestro amor. A veces ideamos cómo herirnos a nosotros mismos para herir al amado, o cómo hurgar con palabras en las heridas de la persona amada y exacerbarlas una y otra vez. Queremos poner de manifiesto ante el otro que también podemos vivir sin él. Le damos la espalda para dejarlo desconcertado. Pero si él sacara las consecuencias de todo ello, nos sentiríamos profundamente ofendidos y heridos.

Expectativas exageradas sobre el amor

Otra razón por la que el amor fracasa tan a menudo son las expectativas exageradas sobre el otro. Decía C.G. Jung que del otro nos formamos ideas arquetípicas, por ejemplo la del redentor, el liberador. O nos sentimos sanadores y auxiliares del otro, sus redentores y salvadores. Éste era el caso de Stiller en la novela de Max Frisch que lleva como título ese mismo nombre. Rolf le reprocha a Stiller que

10. Ernst BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, Frankfurt 1959, p. 376 (trad. cast.: *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid 1977-1980).

11. Max FRISCH, *Tagebuch 1946-1949*, Frankfurt 1970, p. 31.

haya convertido a su mujer en la tarea de su vida, que haya querido redimirla: «Tú en cuanto redentor suyo, ya lo he dicho, quisiste ser el que le diera la vida y la alegría. ¡Tú! En este sentido la has amado, indudablemente, hasta la última gota de tu sangre. Ella como creación tuya. ¡Y ahora este miedo a que se te pueda morir...! No ha llegado a ser lo que te esperabas. ¡La inacabada obra de toda una vida!»¹². Debido a que su mujer no se ha desarrollado tal como Stiller quería, éste ha fracasado con su amor. Y, en lugar de amarse mutuamente, se atormentan el uno al otro. Su amor se convierte en un único padecimiento: «Amas sin poder hacer feliz a la criatura a la que amas. Éste es tu padecimiento. Un verdadero padecimiento si prescindimos de toda nuestra vanidad, pues a uno también le gustaría jugar un poco a ser Dios, a sacarse el mundo del bolsillo, a hacer aparecer la vida por arte de magia sobre la mesa. Y además... indudablemente, uno querría llegar a ser feliz amando...»¹³. La única solución que Rolf puede ofrecerle a su amigo es convivir en lealtad mutua, sin pretender constantemente cambiar al otro: «No os atormentéis más día a día con esa loca expectativa de que podemos transformar a alguien, sea otro o nosotros mismos, con esa altiva desesperanza. [...] Algo muy práctico: aprended a rezar el uno por el otro»¹⁴. Es interesante que Max Frisch recomiende en este pasaje la oración por el otro como camino al verdadero amor. Pero es que, al rezar por el otro, se lo encomendamos a Dios y dejamos de jugar a ser Dios para él. Nos desprendemos de las imágenes arquetípicas

12. Max FRISCH, *Stiller*, Frankfurt 1963, p. 557 (trad. cast.: *No soy Stiller*, Planeta, Barcelona 1997).

13. *Ibid.*, pp. 562s.

14. *Ibid.*, p. 566.

que nos hemos hecho de nuestro amor, pero que sólo corresponden a Dios: de la imagen del salvador y redentor, del rescatador y benefactor. Sencillamente, decimos «sí» al otro tal como es y se lo presentamos a Dios para que encuentre su verdadera salvación en él y no en nosotros.

Amor y celos

Hay quienes piensan que unos celos intensos forman parte de un auténtico amor. Pero los celos son siempre un signo de que yo querría poseer para mí a la persona amada. A veces estos celos pueden llegar a ser enfermizos. Entonces un hombre se aferra a su mujer como si fuera su prisionera. Ella sólo tiene que existir para él. Apenas puede salir de casa. De lo contrario, el hombre se pone ya celoso. Los celos pueden llegar a ser tan fuertes que acabe matándose a la persona amada. Esto es lo paradójico: el amor, que realmente dispensa vida, también puede matar. Un amor que desea poseer, que controla y domina al otro, lo mata aun cuando no acabe con él físicamente. Pero es que en esta prisión de control y poder ya no se puede vivir.

Son muchas las personas que sufren a cuenta de sus celos. Querrían librarse de ellos, dejar libertad a su pareja, pero la sola voluntad no puede superar los celos, que reaparecen sin nosotros quererlo. No tiene sentido alguno, pues, hacerle reproches al otro. Los celos remiten con frecuencia a experiencias de pérdida, a vivencias en las que se ha abusado de la confianza, o ésta se ha roto. Una mujer estuvo de acuerdo en que una amiga de juventud de su novio fuera a casa de visita. Pero, una vez que estuvo allí, la mujer, simplemente, ya no podía soportarlo. Desde un punto de vista racional, tenía perfectamente claro que su

novio estaba con ella y que esa amistad de juventud era cosa del pasado. Pero ello no impedía el sentimiento irresistiblemente intenso de celos que se apoderó sin más de ella, muy a su pesar. No es que los celos pretendan imponerse. Es, simplemente, que están ahí. Y pueden obstaculizar el amor. Pero si el amigo no hace ningún reproche a su amiga celosa, sino que simplemente intenta entenderla sin enjuiciarla, los celos pueden ir convirtiéndose lentamente en confianza.

Pero también hay formas sanas de celos. Por ejemplo, una mujer tiene la sutil sensación de que la secretaria de su marido flirtea con éste, que emite mensajes que denotan algo más que una relación amistosa. El marido asegura que él puede manejar la situación. Pero en realidad le gusta desempeñar el papel de hombre encantador. Querría llegar a ser estimado y admirado por todas las mujeres. No ve en absoluto la parte que tiene en esa situación. No se da cuenta de que está mandando a las mujeres este mensaje: «Queredme. Os recompensaré por ello».

Que el amor puede herir y matar, es algo que ponen de manifiesto los numerosos reportajes de violencia sexual dentro del matrimonio y de abusos sexuales a niños. En estas situaciones no hay en realidad amor alguno, sino un instinto que se independiza, que sencillamente debe ser satisfecho, porque las personas en cuestión son incapaces de amar realmente a otro. En estas situaciones, el otro son es utilizado como objeto para poder vivir la propia sexualidad. Pero entonces la sexualidad no tiene ya nada que ver con el amor. Es un instinto tan poderoso que domina totalmente al ser humano. El amor puede expresarse en la sexualidad y puede vivir su clímax precisamente en la entrega sexual. Pero cuando la sexualidad se separa del amor, se convierte en una bestia brutal que ataca y mata a

los demás sin tener en consideración la dignidad del otro; el ser humano se convierte entonces en un lobo devorador. En ningún otro ámbito se producen heridas tan numerosas y profundas como en el de la sexualidad. Esto no sólo es aplicable a los abusos cometidos con niños, que es algo que sigue ejerciendo en éstos una influencia sumamente dañina a lo largo de toda su vida. También en muchos matrimonios son violadas las mujeres. Muchos hombres consideran a la mujer como posesión suya. Creen tener *derecho* a tener relaciones sexuales con ella. Omiten la ternura con que podrían acercarse poco a poco a la mujer, y se limitan al acto sexual como tal. Poco importa si la mujer tiene o no la necesidad de mantener relaciones sexuales con el hombre. Utilizan a la mujer para sí, para la satisfacción de su instinto o para su propia relajación. Muchas mujeres se limitan a soportar el acto sexual. Pero no les va nada bien en él, pues pierden su dignidad, porque allí donde son profundamente vulnerables, en el ámbito íntimo de la sexualidad, alguien las pisotea sin molestarse en tomarlas en serio como personas.

En todos los dramas amorosos y en todas las perversiones de la sexualidad de que nos habla la literatura universal, se encuentra un profundo anhelo de amor. En lugar de quejarnos del imperfecto amor que tantas veces sabe a amargura, miedo, coacción, violencia y muerte, debemos creer más bien, con Thomas Merton, que «en el conflicto y en la contradicción interna de un amor falso podemos aprender nuestro camino hasta el amor verdadero»¹⁵. Merton quiere decir que si reprimiéramos las fuerzas negativas

15. En: Ernesto CARDENAL, *Das Buch von der Liebe. Lateinamerikanische Psalmen*, con un prólogo de Thomas Merton, Gütersloh 1977, p. 13 (original cast.: *Vida en el amor*, Trotta, Madrid 1997).

del amor, como el odio, la avidez y los celos, reprimiríamos el amor mismo. Que también en esas fuerzas «malas» debemos descubrir el amor que se encuentra en ellas. Y que sólo así podrá éste transformarse y crear espacio para el verdadero amor.

Todo ser humano tiene experiencia del amor. Cada cual ha amado y ha sido amado ya alguna vez. Y cada cual ha experimentado con ello el milagro del amor, pero con bastante frecuencia también el fracaso y las complicaciones a que puede conducirle el amor. Evidentemente, el amor es una de las fuerzas más intensas del ser humano, por lo menos una fuerza que nadie puede pasar por alto. Y en toda experiencia de amor logrado y amor fracasado, el ser humano anhela un verdadero amor, un amor que no hiera ni destruya, sino que reanime y construya; que no controle ni limite, sino que deje en libertad y abra un espacio para vivir. En última instancia, anhela el amor divino que le deja vivir verdaderamente en libertad. Anhela ser amado incondicionalmente en todo cuanto él es. Y, evidentemente, otro ser humano únicamente puede hacer tal cosa de manera parcial. Un amor incondicional y absoluto es característica propia de Dios. Todo cuanto el ser humano es capaz de realizar en el ámbito del amor depende siempre de unas circunstancias y es relativo a ellas. Según Thomas Merton, la situación es la siguiente: «Mientras somos tan sólo débiles seres humanos que viven en la tierra y en el tiempo, nuestro amor está desgarrado por sus contradicciones internas. Se rehúsa y se niega a sí mismo. Sólo el amor de Dios es totalmente puro»¹⁶. Este amor puro es el que anhela todo aquel que ha experimentado en su propia carne las complicaciones del amor.

16. *Ibid.*, p. 14.

3

El amor crucificado de Dios



En el sueño que tuve durante los ejercicios se me encomendó la tarea de despertar el anhelo del amor divino, del amor trinitario de Dios. En la meditación, este amor divino se me mostró sobre todo en la cruz. Esto puede extrañarle a quienes en la cruz ven, sobre todo, los tormentos que Jesús tuvo que soportar. Ya los evangelistas intentaron dar otra interpretación a la brutal realidad de la cruz. El evangelio de Juan interpreta la muerte de Jesús en la cruz como consumación de su amor. Juan empieza su relato de la Pasión con esta frase: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (*eis télos*)» (Jn 13,1).

En los tres versículos en los que Juan describe la muerte de Jesús en la cruz utiliza tres veces un verbo derivado de *télos* y que, al igual que este término, denota consumación, cumplimiento, perfección. Con ello da a entender que la muerte fue la consumación del amor que Jesús mostró a los seres humanos durante su vida (véase Jn 19,28-30). La palabra griega *télos* procede del lenguaje místico y denota la iniciación al misterio de Dios. Para Juan, la cruz es nuestra iniciación a misterio del amor divino.

Si Juan reconoce la consumación del amor de Jesús precisamente en la cruz, probablemente se debe a que sa-

be de la unidad de amor y dolor. No hay amor humano sin dolor. Y, evidentemente, también el amor de Dios llega a su consumación en el dolor. Al amar al ser humano, Dios se hace a sí mismo vulnerable. La cruz simboliza ambas cosas: el amor de Dios al ser humano y su padecimiento a causa de la cerrazón de éste. Al contemplar la cruz somos iniciados en el misterio del amor divino. Junto a la cruz entrevemos que tampoco nuestro amor a Dios dejará de tener dolores, que allí donde amemos a Dios padeceremos a causa de nuestra estrechez. Cuando el amor nos abre para Dios, duele.

Jesús ha tocado y abrazado con su amor a los seres humanos una y otra vez. Les ha regalado cercanía. En su cercanía se sentían bien. Al parecer, de él salían un calor y un amor que hacían sentir a los demás que eran aceptados totalmente, que eran hijos e hijas amados de Dios. La cruz no es para Juan el fracaso de este amor, sino su consumación. Para él, esto se hace visible ya en el ademán de Jesús en la cruz, donde Cristo abre totalmente sus brazos. En esos brazos abiertos ve Juan, no un ademán de lucha dolorosa, sino un gesto de amor. A lo largo de la Pasión pone la mirada en lo que realmente sucede, en la revelación del amor de Dios en Jesucristo. Jesús mismo dice de este ademán: «Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). Jesús abre los brazos para invitarnos a dejarnos abrazar por él.

Para mí, los brazos totalmente abiertos de Jesús significan además otra cosa. Simbolizan un amor que deja libre, que no aferra, sino que me deja respirar en libertad. Cuando me pongo con los brazos en cruz, entiendo algo de este amor que entra a raudales en mí y se vierte luego en el mundo. Por eso Juan interpreta además el ademán de la cruz mediante la imagen del corazón traspasado, del que

brotan sangre y agua y desde el cual se derrama sobre nosotros, los seres humanos, el amor humanado de Dios.

En la cruz se hace visible, además, otra imagen del amor. Jesús se deja clavar en la cruz. Dice «sí» a su estrechez. Se deja atar para siempre en su amor, y atar tan fuerte que, de resultas de ello, muere. El amor crucificado de Dios es un amor que se entrega por nosotros. En los discursos de despedida dice Jesús de este amor: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Probablemente, Juan retoma en este punto una antigua norma de la amistad y la refiere al amor de Jesús. La palabra griega que se traduce por «entregarse» también puede significar «poner la vida en juego». Jesús ama a sus amigos incondicionalmente. No se deja apartar de ese amor ni siquiera por la muerte. Ésta es la cumbre de todo amor, que ama al otro hasta la muerte. Jesús nos ama hasta la muerte, nos ama más allá de la muerte. El verdadero amor supera la muerte. Crea una relación que ni siquiera con la muerte puede quedar destruida.

El filósofo francés Gabriel Marcel describió así este amor que supera la muerte: «No hay ningún amor humano que merezca este nombre y que no haga presente a los ojos de quien lo piensa una prenda y, al mismo tiempo, una simiente de inmortalidad... Quien ama dice: Tú, tú no morirás»¹⁷. Un amor profundo no encuentra en la muerte frontera alguna. Va más allá de la muerte. Éste es el convencimiento del evangelista Juan, que en los discursos de despedida pone en labios de Jesús palabras sobre el amor que suprimen la separación de cielo y tierra, de vida y

17. Gabriel MARCEL, *Homo Viator. Philosophie der Hoffnung*, Düsseldorf 1949, pp. 212s (trad. cast. del original francés: *Homo viator: prolegómenos a una metafísica de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 2005).

muerte, y crean entre Jesús y sus discípulos una relación que sobrevive a la muerte. Éste es también el convencimiento de todos cuantos aman. Están convencidos de que se verán de nuevo en la eternidad, de que sólo allí llegarán a conocer el verdadero misterio de su amor. Pero esto no es sólo fe, sino que responde también a la experiencia del auténtico amor. Me contaba una mujer que, desde la muerte de su marido, sentía a su alrededor el amor de él en muchos signos; que él seguía acompañándola amorosamente. De hecho, el amor no quedó destruido por la muerte; sobrevivió a ella. Y para esta mujer, en la muerte no desaparece, sino que más bien se consuma.

Habitar en la casa del amor

El signo del amor crucificado es el corazón abierto. Jesús abre su corazón para que todos nosotros podamos penetrar en él con nuestro anhelo de amor. Se deja herir por nosotros en su amor. Y de su corazón abierto brota a raudales la esencia de su amor. Su amor no aferra, sino que se derrama por nosotros. Nos abre un espacio en el cual podemos vivir. Jesús entiende su amor como una casa en la que podemos habitar; por eso nos exhorta diciendo: «Permaneced en mi amor» (Jn 15,9). Peculiar imagen ésta para hablar del amor. El amor no es sólo un sentimiento que desaparece tal como vino. Es un espacio en el que se puede permanecer. No obstante, Jesús indica también el requisito para poder permanecer en el amor: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Jn 15,10). No podemos disfrutar el amor de Dios sólo para nosotros. Debemos hacer que de nosotros siga fluyendo hacia los demás. De lo contrario, se estanca. Y entonces se viene abajo el espacio del amor, en el que tan bien se puede vivir.

El amor de Jesús no toma (como tan a menudo hace el nuestro), sino que da. Es puro don. En el fondo de nuestro corazón, todos anhelamos un amor así, que se desprende y se entrega, que muere por nosotros y mana sin límites para nosotros. Ante Cristo crucificado experimentamos que somos incapaces de un verdadero amor. Nuestro amor se mezcla a menudo con el deseo de tener al otro para nosotros, de poseerlo. Queremos aferrarlo para que ya no nos deje nunca. Y no advertimos cómo le quitamos el aire para respirar, cómo le arrebatamos la posibilidad de seguir desarrollándose, de llegar a ser plenamente él mismo. A menudo queremos incluso moldear al amado y forzarle a adoptar la figura que nos parece digna de amor. Así lo expresa el mito griego de Pigmalión, que se creó una mujer de marfil porque con ninguna mujer estaba satisfecho¹⁸. De esta manera, el otro miembro de la pareja no puede llegar a ser independiente. Debe seguir siendo creación nuestra. El ademán de la cruz expresa lo contrario: nos deja libres, nos invita a dejarnos abrazar, pero también nos deja sueltos para que sigamos nuestro propio camino con libertad.

Una vez que, orando a los pies de la cruz, admití mi incapacidad personal para amar realmente y contemplé el amor crucificado de Cristo, me invadió una paz profunda. Y sentí que en lo más hondo anhelaba un amor así. Todo amor humano es siempre contradictorio. Puede fascinar, pero también desgarrar de tristeza el corazón. Puede cautivar, pero también nos puede dominar, y hasta casi obsesionar. Admira y odia. Sana, y al momento hiere a sabiendas. Hay muchísimas clases de amor insatisfecho. Ernesto Cardenal las ha descrito: «Los hay que aguardan un amor

18. Véase Verena KAST, *Paare...* (cit. en nota 2), pp. 58ss.

que nunca llega. Hay otros que sufren la amargura de un amor rechazado. Hay amores prohibidos, amores imposibles o amores perdidos. También existe la insípida tristeza de un amor satisfecho, pero no pleno»¹⁹. Yo no sólo he vivido la dicha del amor, sino también, con bastante frecuencia, su decepción, su llaga, mi incapacidad para amar realmente. He percibido dolorosamente mi necesidad de un amor incondicional, de un amor al que pueda abandonarme lleno de confianza. En el amor de Cristo en la cruz he experimentado algo de este amor incondicional por mí. Ahí siento que me dan un «sí» absoluto. No hay nada en mí que no se vea afectado por este amor de Cristo. Pero también he advertido que sólo puedo entender correctamente este amor si lo veo como respuesta afirmativa a mi situación concreta. En muchos sermones sobre el amor que Cristo nos tiene, he oído con bastante frecuencia que él murió por amor a nosotros. Pero esto me resultaba abstracto y vacío. No me llegaba. Sólo me llega cuando pronuncio conscientemente esa contestación afirmativa de amor dentro de mi propia tentativa de amar, dentro de mi propio fracaso en el amor, dentro de mis pensamientos sedientos de venganza, dentro de mis palabras hirientes que pretenden ofender al otro aunque lo ame. Éste era, probablemente, el sentido de las palabras de mi sueño inicial, de que debía empezar con prudencia a despertar en la gente el anhelo del amor. Si escribo demasiado aprisa del amor, lo que escriba serán palabras triviales que se pueden leer en cualquier parte, pero que ya no le llegan a nadie, porque las hemos oído con demasiada frecuencia.

19. Ernesto CARDENAL, *Das Buch von der Liebe...* (cit. en nota 15), pp. 28s.

Tú eres mi hijo amado, mi hija amada

Un intento de hacerme consciente del amor de Dios fue para mí la meditación del bautismo de Jesús (Lc 3,21s). Jesús desciende al Jordán, al agua rebosante de la culpa de las numerosas personas que habían recibido el bautismo de manos de Juan. Cuando desciende, se abre sobre él el cielo. Y Dios le dice: «Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco». También esta afirmación de que somos hijos e hijas amados de Dios la oímos hoy hasta la saciedad en consideraciones espirituales. Pero en la mayoría de los casos estas palabras nos resbalan. Son correctas, pero no surten efecto alguno. Siempre es un don que estas palabras lleguen al corazón de manera que éste se sienta realmente amado, sanado y transformado por el amor.

Una mujer que tenía fuertes dudas acerca de sí misma y se despreciaba continuamente, me contaba que nunca había podido creer que Dios la amaba realmente, aun cuando lo había leído en muchos textos de la Escritura. Pero cuando un sencillo sacerdote de pueblo habló en su homilía de que Dios ama incondicionalmente a cada uno, aquello le llegó al corazón. Y se sintió curada de su actitud despectiva con respecto a sí misma. Tenemos que declararnos unos a otros que somos amados, para poder creerlo. Limitarse a decírnoslo a nosotros mismos con insistencia, no sirve casi nunca de nada.

En la meditación he experimentado la realidad de este amor cuando la pronuncio conscientemente dentro de mi miedo, de mi oscuridad, de mi fracaso, de mi mediocridad, de mi autoengaño. He intentado descender al agua de mi inconsciente, al reino de sombras en cuyo interior he reprimido todo cuanto rehúye la luz del día, lo que no me gustaría contemplar a plena luz. Para mí, una hermosa

imagen del bautismo de Jesús es que el cielo se abrió precisamente en el momento en que descendió a la profundidad del Jordán. El cielo también quiere abrirse sobre los abismos de mi psique. Pero debo reunir el valor necesario para descender a esos abismos interiores, con el fin de oír esas palabras allí, en lo profundo, con una resonancia nueva: «Tú eres mi hijo amado». «Tú eres mi hija amada». Sólo cuando he pronunciado dentro de mi vida concreta esas palabras, que soy hijo amado, logran éstas afectarme en lo más profundo y darme paz interior. Todas las palabras sobre el amor de Dios nos resbalan cuando no llegan hasta las experiencias de nuestra vida cotidiana. Esto es lo que, a mi parecer, significa el requerimiento de mi sueño: «¡Encamina a la gente con prudencia hasta el amor del Dios trino!».

Jesús desciende a las olas de la culpa, al inconsciente, a lo instintivo, a los elementos de la tierra, tal como lo representan siempre los iconos. Al descender ora tan intensamente, que el cielo se abre sobre él, lo real se resquebraja, y la luz de Dios brilla sobre él. Éste es también un anhelo profundo en mí: poder orar de manera que se abra sobre mí el cielo, que el amor de Dios resplandezca en las profundidades de mi inconsciente, en los abismos de mi culpa. También anhelo poder orar por otros de manera que el cielo se abra sobre ellos. Muchas veces vemos sobre nosotros el cielo cubierto y cerrado. Nos sentimos como apartados de Dios. Un oscuro estrato de nubes nos oculta la visión del sol divino del amor. Orar significa abrir el cielo sobre la gente para que ésta pueda experimentar la relación con Dios como su verdadera salvación.

Jesús oye, procedente del cielo abierto, la voz de Dios a él dirigida: «Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1,11). Éste es también mi más profundo anhelo:

ser hijo amado de Dios; no sólo ser respetado, admirado y amado por los seres humanos, sino por Dios, el fundamento originario de todo ser, el creador del mundo. Para muchos, el amor de Dios apenas sirve de consuelo si no reciben amor alguno de sus semejantes. Pero si me limito a consolarme con el amor de Dios, porque no amo a nadie y nadie me ama, ese amor no será eficaz en mí. No me llegará al corazón. Pero, por otro lado, tampoco puedo vincular exclusivamente la experiencia del amor de Dios con la experiencia del amor humano, porque entonces estaría absolutizando la mediación humana de ese amor. Y volvería a hacerme dependiente de una persona, pues sólo me sentiría amado por Dios cuando esa persona me amase. Sin darme cuenta, mezclo mis propias proyecciones con la experiencia del amor. ¿Cómo distinguir, entonces, entre la experiencia de Dios y lo que tan sólo es la exaltación excesiva de una experiencia puramente humana? Hacerme totalmente dependiente de una persona va contra mi propia dignidad. Es verdad que el amor de Dios se transmite a menudo a través de personas humanas. Pero va más allá de ellas. Y es también experimentable de manera inmediata. Además, es independiente de esta o de aquella persona. La experiencia del amor divino me libera de la fijación en una persona, del aferramiento a su amor, de las expectativas exageradas que pongo en ella. El otro puede transmitirme ese amor. Pero él no es el amor divino.

Sólo alcanzo a entender lo que el amor de Dios puede desencadenar en mí cuando considero mis propias experiencias de amar y ser amado, mis experiencias de amor logrado y amor fracasado, mi profundísimo anhelo de un amor abarcante e incondicional. Y el amor de Dios sólo puede fascinarme como el de un semejante cuando me expongo a ese amor. A mí me ayuda a sentir este amor el po-

nerme al sol, pues entonces me sé completamente envuelto por el cálido amor de Dios. Lo mismo que el sol calienta la piel y luego penetra el cuerpo entero, así el amor de Dios quiere entrar por todos los poros de mi cuerpo. El amor de Dios no es algo puramente intelectual. Es experimentable precisamente en la creación, precisamente en el sol que me inunda con sus rayos, o en el viento que me acaricia con suavidad. Exactamente igual que el amor humano, el amor de Dios necesita gestos de ternura. Para mí, un gesto tierno es el viento que acaricia suavemente mi piel, la flor que me mira, el sol que me calienta, la dulce luz del atardecer que todo lo envuelve con una luminosidad acogedora. Por sí solos, el sol y el viento no pueden suscitar esta experiencia del amor divino. Pero si creo en este amor, un cálido rayo de sol puede transmitírmelo cuando me expongo al sol y al viento con todos mis sentidos, y en ellos me dejo tocar por Dios mismo.

El amor ante la muerte

La afirmación de que somos hijos e hijas amados de Dios sólo pone de manifiesto su fuerza transformadora cuando se hace operativa en todas las situaciones de nuestra vida, incluidas especialmente las situaciones de sufrimiento y de muerte. Esto queda claro al contemplar a personas como Edith Stein, Alfred Delp o Dietrich Bonhoeffer. Especialmente ante la muerte, creyeron que el amor de Dios los sostenía. Esto les permitió confiar, soportar los brutales interrogatorios y los padecimientos de la prisión sin ceder a la desesperación. La certidumbre de que eran hijos e hijas amados de Dios les otorgó la fuerza para permanecer serenos e imperturbables en medio de una atmósfera inhumana, para no dejarse intimidar por las amenazas de los

esbirros. Tocados por este amor, atravesaron con decisión la oscura puerta de la muerte con la certeza de que ésta no puede aniquilar ese amor. La afirmación del amor de Dios no es algo con lo que únicamente nos engolfemos en pías consideraciones, sino que pretende transformar nuestra vida, abrir sobre nosotros el cielo precisamente allí donde estamos amenazados e inquietos.

El amor como sanación de mis adicciones

Podría pronunciar la afirmación del amor de Dios dentro de mis adicciones. Una es la bulimia. Con bastante frecuencia, quienes encubren su vacío interior con comida, lo que anhelan es amor. Para algunos, comer puede convertirse en el sustitutivo del amor. Pero también la persona anoréxica gira en torno al tema del amor. Desespera de que alguien pueda amarla. Y por eso se castiga a sí misma. Por un lado, anhela ser amada; por otro, tiene miedo de que la amen. Muchos se reprobaban y se desprecian a sí mismos a causa de sus problemas con la comida,. En el acompañamiento espiritual me encuentro cada vez con más frecuencia con personas que se desprecian a sí mismas. Ésta es la causa de muchos problemas psíquicos. Llegar a tener la seguridad, en medio del desprecio de mí mismo, de que soy hijo amado o hija amada de Dios, no es tan sencillo. El bloqueo del autodesprecio es demasiado fuerte como para que las palabras del amor puedan atravesarlo. Al mismo tiempo, siento que como acompañante espiritual no puedo satisfacer en absoluto ese enorme anhelo de amor. Si yo pensara que puedo mostrarles el amor que ansían, no haría la valoración debida ni de ellos ni de mí. Se producirían entonces complicaciones terribles. Me identificaría con una imagen arquetípica, con la imagen

del sanador, y de ese modo estaría ciego a mis propias necesidades de amar y ser amado. A quienes buscan consejo sólo puedo conducirlos hasta el amor de Dios con prudencia, animándoles a confiar en su ansia de amor y a decir dentro de dicha ansia la respuesta afirmativa de su bautismo: «Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada». En el acompañamiento he visto cómo la experiencia del amor de Dios ha detenido la bulimia o la anorexia nerviosa. No obstante, luego se necesitaba un trabajo duro y penoso para corregir las viejas pautas y compulsiones de la adicción. La experiencia del amor divino debe descender de la euforia superficial a las honduras de la estructura adictiva. Sólo entonces queda sanada la adicción de manera duradera. De otro modo, la persona seguirá entusiasmada por el amor, pero éste no engranará en la realidad psíquica y, por tanto, tampoco podrá sanarla.

Muchos identifican su ansia de amor con el ansia de entregarse por entero en la unión sexual. Cuando hablan de amor, quieren decir sexualidad. Aun cuando los seres humanos giren constantemente en torno a su sexualidad, ello es, en última instancia, expresión de su insaciable ansia de amor. Muchas veces se trata de un amor imperfecto, pero también es amor. Por ejemplo, en sus fantasías sexuales un joven se imagina aceptado y amado hasta la última fibra de su cuerpo por la mujer a la que ama. En otro caso, una mujer se imagina cómo un hombre la desea totalmente y cómo él lo da todo para hacerse uno con ella. En tales fantasías, la gente anhela poder olvidarse de sí misma, quedar cautivada por el amor, desbordarse en el éxtasis del amor y abandonarse en los brazos del amado. Con frecuencia, nuestros anhelos exigen demasiado de la sexualidad. De ella lo aguardamos todo, y sin embargo experimentamos una y otra vez que ni la masturbación ni los

contactos sexuales frecuentes pueden saciar nuestro anhelo más profundo de amor. Si uno se prohíbe sus fantasías sexuales, éstas aparecerán en él una y otra vez. En lugar de apartarlas, sería bueno pensarlas hasta el final, entrar en contacto con el anhelo que hay en ellas. Entonces me daré cuenta de que mi anhelo va aún más allá, de que en última instancia apunta a un amor absoluto en el que yo pueda sumergirme, con el que pueda fundirme. Y ese amor absoluto no puede ser el amor de una persona, sino únicamente el amor de Dios.

Hace poco, una joven me contaba que ya con 16 años dormía con su novio porque no quería perderlo. Pero, poco a poco, la ternura fue cesando, y todo fue centrándose únicamente en la sexualidad. La sexualidad ya no era una expresión sublime del amor, sino un fin en sí misma. El amor se desvaneció. La mujer soportaba el acto sexual sin sentir ya amor alguno. Al contrario, se sentía utilizada. Con bastante frecuencia sentía repugnancia. Esta experiencia es la de muchas personas. Esperan de la sexualidad el cumplimiento de su amor, pero muchas veces experimentan precisamente su vaciamiento. Y, sin embargo, no por ello pueden dejar de girar en torno a la sexualidad. Pese a todas sus decepciones, hay en esas personas un ansia insaciable de amor. En lugar de condenar a estas personas, sería más útil tomar en serio su ansia de amor y, al mismo tiempo, llevarlo adelante: «Entiendo tus ansias de amor. Pero no necesitas sacar de ti el amor a base de masturbarte, no necesitas conquistar a ninguna mujer para demostrarte que eres digno de amor. El amor ya está ahí. Ya eres completamente amado. Deja que el amor de Dios entre en tu cuerpo. Siéntelo en tu piel. Alégrate de tu cuerpo, de tu belleza, de tu ansia de amor, de tu capacidad de amar. Te convierte ante todo en persona humana».

La tercera gran adicción es la codicia, el afán de tener cada vez más. Siempre es expresión de que se ha experimentado demasiado poco amor. Cuando los hijos roban, los padres se asustan. Les resulta difícil comprender la razón de fondo: los hijos toman lo que no han recibido. Se han sentido demasiado poco amados. Tienen la sensación de haberse quedado con las ganas de algo. En este momento recuperan su necesidad de atención y amor apoderándose de todo cuanto les atrae. Muchos tienen que estar siempre comprando algo. De ese modo querrían, en última instancia, pagar por el amor. Pero al mismo tiempo comprueban que eso no funciona. Otros piensan que han de permitirse alguna cosa al comprar, que deben portarse bien consigo mismos. Es perfectamente posible. Pero cuando sus compras se convierten en afán compulsivo de comprar, no se hacen ningún bien. Se ven arrastrados por su adicción. Toda adicción es en el fondo un anhelo de amor, bien sea la adicción al juego, al trabajo o a las drogas. El jugador desea saberse finalmente amado por el destino; una jugada afortunada respondería a su pregunta sobre el amor. El adicto al trabajo gira en torno a su éxito; el trabajo es la única manera en que puede expresar su anhelo de amor. La adicción al reconocimiento y a la validación también se puede mostrar aún de otra manera, por ejemplo con el afán de estar constantemente en el centro, de atraer constantemente sobre sí toda la atención, de poner las propias hazañas a la luz oportuna. El afán de notoriedad es sólo una variante del anhelo de amor. Pues en el amor lo importante es que alguien me diga: «Es maravilloso que estés ahí, que estés en el mundo, que existas»²⁰. Cuando no hay nadie que

20. Véase Josef PIEPER, *Über die Liebe*, München 1972, pp. 39ss (trad. cast.: *El amor*, Rialp, Madrid 1972).

me diga esto amorosamente, busco constantemente llamar la atención para que, de ese modo, alguien finalmente me encuentre único. En el afán de notoriedad se esconde, en última instancia, el anhelo de que una persona me diga «sí» plena y totalmente con su amor, de que en virtud del amor de otra persona y en virtud del amor de Dios pueda yo experimentar como único. De Ladislaut Grünhut son las siguientes palabras: «Pero Dios me ama de tal manera por ser quien soy, que mi persona es verdaderamente insustituible en el mundo»²¹.

El drogadicto desea permanecer siempre en el seno del amor materno, porque fuera de dicho seno se siente perdido, no amado, solo, vacío. En lugar de condenar a los adictos, en el acompañamiento espiritual deberíamos entrar en contacto con su ansia de amor. Podemos animarles a confiar en su ansia, pero al mismo tiempo a reconocer lo poco realista que es la manera en que desean satisfacerla. Si nos metemos dentro de ese ansia suya y les hablamos con absoluta cautela y prudencia del amor de Dios, puede que algo se mueva en su corazón y que se sientan entendidos. Pero con ello no queda sanada la adicción. Eso requiere mucho tiempo. Pues liberarse de ella exige además una disciplina clara y un método de ejercitación perseverante. Pero al mismo tiempo se necesita una meta que mueva a desear quedar libre de la adicción. Dicha meta sólo puede ser el amor, que se puede experimentar de otra manera. Nos referimos a la capacidad de amar a los demás y de admitir su amor. Y también a la experiencia de un amor indestructible, de un amor que supone un sólido fundamento para la vida, del amor de Dios, al que podemos abandonar aun cuando no siempre lo sintamos.

21. *Ibid.*, p. 56.

Henry Nouwen habla del gran número de personas que habitan hoy en la casa del miedo. Tienen miedo a la gente a la que han otorgado poder sobre sí. «Hay muchísimos niños con miedo, estudiantes con miedo, pacientes con miedo, trabajadores con miedo, padres con miedo, sacerdotes con miedo y creyentes con miedo. Casi siempre, detrás de ellos se yergue una figura amenazadora que los mantiene bajo control: un padre, un profesor, un médico, un jefe, un obispo, una Iglesia... e incluso Dios»²². Por el contrario, Jesús nos promete que vamos a habitar en la casa del amor. El amor es más fuerte que el miedo. «El amor perfecto expulsa el miedo» (1 Jn 4,18). En la casa del amor no hay miedo alguno.

Nuestra situación es a menudo como la de los discípulos en la barca: tenemos miedo a naufragar en medio de las olas de nuestra tempestuosa vida. Nos sentimos impotentes frente a las tormentas en las que nos vemos metidos. Cuando los discípulos gritan de miedo, Jesús les dice: «¡Ánimo!, soy yo; no temáis» (Mt 14,27). Su presencia amorosa es razón suficiente para que los discípulos no tengan ya miedo alguno. La expresión «yo soy» remite a la revelación de Dios en la zarza ardiente. Dios es el «Yo estoy presente». Por eso en estas palabras de Jesús resuena este mensaje: «Yo estoy presente para ti. Te ayudo. Eres importante para mí. Eres aceptado». Son palabras de amor que me posibilitan la entrada en la casa del amor. Todas las personas con miedo anhelan hoy poder salir de la casa del miedo y mudarse a la casa del amor. Tan sólo debemos pronunciar el mensaje de Jesús dentro de su miedo, de manera que se sientan invitados a entrar en la casa del amor.

22. Henri J.M. NOUWEN, *Im Haus des Lebens. Von der Angst zur Liebe*, Freiburg 1986, p. 8.

4

Amor humano y amor divino



En la primera carta de Juan se dice: «El amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,7s). En este pasaje se habla del amor de manera absoluta. No se dice que amamos a Dios o que Dios nos ama, sino que Dios es, en sí mismo, amor. El amor no tiene objeto. Sencillamente, existe. Éste es también un anhelo que todos tenemos: ser sencillamente amor. Hay personas a la que se les ve en la cara que están llenas de amor, que son completamente transparentes al amor divino. Me encuentro, por ejemplo, con un anciano que, obviamente, ha pasado por muchas dificultades, pero que no se ha amargado. De sus ojos brota a raudales calidez, afecto. En otro caso, hablo con una mujer sencilla a la que se ha tratado de manera injusta. Tiene un rostro amable. Estas personas no es que estén enamoradas de otra, sino que irradian amor en toda su existencia. Su amor se dirige a todo ser humano con el que se encuentran. Pueden volverse a cada uno con una benevolencia indivisa. Su amor se dirige a los animales, a las plantas, a una estatua, a un cuadro, a la música... Se dirige a cada instante. En su cercanía, uno se siente a gusto.

Irradian amor. Sus manos tienen una especial ternura. No se puede describir exactamente lo que nos sucede cuando nos encontramos con personas así. Pero de algún modo nos sentimos aceptados, tomados en serio, respetados, amados. Nuestro corazón se deshíela. Nos sentimos libres. Ya no tenemos nada que ocultar. Nos aceptan tal como somos. Sus ojos son una invitación a ser sencillos.

En mi habitación tengo colgado un icono de san Nicolás. Medito delante de él todos los días. San Nicolás irradia amor con todo su ser. Está totalmente impregnado de amor. La leyenda describe a Nicolás como el gran amador. Ayuda a las personas en apuros, se acerca a los que están desesperados, defiende a los que ya no saben qué hacer. El icono no expresa el amor recurriendo a las historias de la leyenda, sino haciendo resplandecer el amor en el rostro del santo. Su rostro es amor. De cada uno de sus poros me sale al encuentro su amor. Así deseo también yo poder amar, que mis ojos irradien amor, que en los rasgos de mi rostro se pueda leer el amor, que en mi porte, en el aura de mi cuerpo, se pueda sentir el amor. Pero sé perfectamente que yo no puedo generar tal irradiación. Ésta es, más bien, expresión de que me he abierto al amor de Dios, de que he metido en el amor de Dios todo cuanto hay en mí. Cuando no reprimo nada en mí, sino que todo lo expongo al amor de Dios, puedo entrar en contacto con la fuente interior del amor divino, que nunca se seca.

La fuente divina del amor

De esta fuente que nunca se seca habla Juan en el relato de las bodas de Caná (Jn 2,1-12). Nuestro vino, nuestro intento de amar, toca muy rápidamente a su fin. No podemos

garantizar nuestras emociones. Llegado un cierto momento, nuestros sentimientos de amor desaparecen. Pensamos entonces que ya no amamos al otro. Esto les sucede a muchos matrimonios que se asombran al comprobar como su amor se ha extinguido. Lo mismo le sucede también a la pareja que celebra su boda en Caná. Se les acaba el vino, se les acaba su amor, al tercer día no tienen ya ni vino ni amor. Entonces Jesús convierte en vino seis tinajas de agua para que el vino ya no se acabe. El seis es el número de la imperfección. Y las tinajas de piedras aluden a lo que de endurecido y petrificado hay en nosotros. Jesús muestra a los novios, en medio de su incapacidad para amar realmente, y en medio de sus endurecimientos y bloqueos, otra fuente de amor, la fuente divina, que nunca deja de manar en abundancia. Jesús pronuncia sus palabras de amor dentro de lo que en nosotros es insípido y carece de sentimientos, es imperfecto y está endurecido. Si confiamos en su palabra, también en nosotros puede todo eso transformarse en amor. De golpe, podemos amar con nuestras fuerzas y nuestras debilidades, con nuestras imperfecciones y errores, con nuestros agarrotamientos y anquilosamientos. Todo en nosotros es capaz de irradiar el amor divino, de manera que en torno a nosotros puede desplegarse la fiesta de la vida.

Ser amor

He estado dos veces en el monte Athos. Todavía recuerdo con agrado mi primera estancia, hace veinte años. Entonces en Simonos Petras nos saludó a mí y a mi hermano el anciano Padre hospedero. No entendimos nada de lo que dijo. Pero las manos que nos tendió eran tan suaves y de-

licadas que difundían amor. Y sus ojos irradiaban calor, de manera que nos sentimos inmediatamente en casa. Entonces vislumbro cómo puede transformarse un ser humano cuando queda totalmente impregnado por el amor de Dios. Cuando busco la imagen de personas así, que son puro amor, me viene también a la cabeza una anciana campesina en cuyo rostro se podía leer el amor y la clemencia misericordiosa. Había pasado por muchas experiencias de alturas y profundidades. No hablaba mucho. Pero de todo su ser irradiaba un amor que había impregnado todos los poros de su cuerpo. De tales personas brota a raudales un amor que lo une todo: Dios, ser humano y creación. Están conformes consigo mismas y con su vida. Se aman a sí mismas y se saben profundamente amadas por Dios. Dejan fluir su amor sobre todo aquello con lo que se encuentran, sobre los seres humanos, pero también sobre los animales y sobre las cosas, que tocan con afecto.

Probablemente también tú te encontrarás en tu entorno con tales personas, todo cuyo ser está lleno de amor. Cerca de ellas te sientes en casa, aceptado, amado. Pero ¿qué es lo que brota a raudales de esas personas? Cuando intentamos definir más exactamente lo que entendemos por amor, nos resulta difícil. Sólo podemos describirlo diciendo que, evidentemente, es una cualidad propia del sentimiento, del habla y de la acción; una fuerza que sale de nosotros, una irradiación. En él está la cualidad de la clemencia, la bondad, la ternura, la afabilidad, la dulzura, la alegría. En última instancia, en el amor quedan unidos todos los frutos del Espíritu que Pablo enumera en la carta a los Gálatas (5,22s).

Experiencia del amor humano y del amor divino

Muchos piensan que no podríamos experimentar el amor de Dios sin haber vivido primero el amor humano. La experiencia del amor divino y la del amor humano ciertamente están conectadas entre sí de manera muy estrecha. Con bastante frecuencia, lo que decimos del amor de Dios no tiene fuerza alguna porque no vivimos ningún amor humano. En algunos predicadores, el entusiasmo por el amor divino parece suplir la falta de experiencia de un amor humano. Pero sus palabras no pueden llegarle a la gente. Es verdad que se puede estar de acuerdo con ellas intelectualmente, pero no contagian nada. No transmiten amor; se limitan a informar sobre él. Y a veces hablan del amor sacerdotes cuyo rostro refleja más bien dureza e incluso brutalidad. En estos casos, las palabras sobre el amor resultan increíbles. Pero la gente nota perfectamente si las palabras sobre el amor proceden de la experiencia del amor o son únicamente expresión de la carencia personal de quien las pronuncia.

Veo a menudo a sacerdotes y religiosos que han construido su vida sobre el amor de Dios, pero en cuyos rostros no se puede leer nada de este amor. No reflejan nada de amor tal como lo irradia, por ejemplo, mi icono de san Nicolás. Tan pronto como se enamoran de una persona, se dan cuenta de que lo que decían del amor de Dios estaba vacío. Viven de manera tan existencial el enamoramiento de una persona, que de repente tienen miedo de que su idea del amor divino fuera mera ilusión. Esto lleva con frecuencia a una crisis vocacional. El enamoramiento irrumpe en ellos como una fuerza desenfrenada y los devuelve. En ese momento sienten de pronto lo que es realmente el amor, cómo puede llenar el corazón entero. Y en-

tonces se preguntan qué ha producido en su corazón el amor a Dios o el amor de Dios a ellos. Eran sólo palabras mortecinas sin eficacia. Quien experimenta la fuerza transformadora del enamoramiento no debe, sin embargo, caer en el error de contraponer amor humano y amor divino. Si deja fluir la fuerza emocional del enamoramiento dentro de su amor a Dios, también podrá experimentar cómo el amor de Dios puede tocar el corazón entero.

Normalmente, el amor de Dios se transmite a través de las personas. Pero ello no significa que las personas que en su infancia experimentaron demasiado poco amor sean incapaces de amar a Dios o de sentir el amor de Dios. El amor a Dios puede despertar en nosotros, no sólo en virtud de la experiencia del amor, sino también en virtud de la falta de ese mismo amor. Niños que a menudo sufren porque sus padres no tienen tiempo para ellos, porque no se sienten amados, pues para los padres hay cosas más importantes, tienen al mismo tiempo dentro de sí la idea de un amor que les llene realmente. Esto no es una manera de huir de la fría realidad de su situación familiar, sino una intuición absolutamente genuina de que no están absolutamente solos, de que hay un amor mayor y más fiable que el de los padres. Ciertamente, no hay nadie que no experimente nada de amor en absoluto. Hasta los padres desnaturalizados más terribles transmitirán a sus hijos al menos un barrunto de amor. Pero la carencia de amor hace que los hijos sueñen con otro amor que realmente les tenga por destinatarios, en el que estén protegidos, en el que puedan confiar. Una mujer cuya madre había sido de una tremenda frialdad, me contaba cómo de niña jugaba continuamente con sus muñecas a «ser una familia estupenda». Con sus muñecas se ponía en el papel de la madre, del padre y de los hijos. Y en el juego representaba su anhelo de

un amor tierno y profundo de los padres a sus hijos. Puesto que experimentaba demasiado poca ternura por parte de su madre, se concedía dicha ternura a sí misma jugando con sus muñecas. Pese a la frialdad que vivió en casa, sabía exactamente lo que era el amor. En nuestro corazón hay, pues, independientemente de las experiencias que podamos tener, un barrunto de lo que es el amor. Es en nosotros la imagen arquetípica de un padre amoroso, de una madre amorosa, de una persona amorosa. Y en nosotros está, evidentemente, la capacidad de amar. Pues de lo contrario esta muchacha no habría podido representar en sus juegos el amor de sus padres y el amor a los hijos. Cuando confiemos en las imágenes arquetípicas del amor y en nuestra capacidad de amar, ínsitas en lo más hondo de nosotros mismos, dejaremos de limitarnos a lamentar el haber experimentado demasiado poco amor. Es verdad que el recuerdo de la falta de amor de nuestra infancia seguirá doliéndonos; pero, en lugar de quejarnos, nos volveremos a la fuente del amor que, pese a todo, fluye en nosotros.

Estar cerca de uno mismo

Escucho a menudo a personas que se quejan de haber experimentado demasiado poco amor, de que en su familia la ternura estaba mal vista, y de que ello generaba incapacidad para un verdadero amor. Cuando me cuentan esto, yo siempre pregunto si quien me lo dice puede amar. Algunos se han hecho totalmente dependientes del amor ajeno. Tienen la sensación de que sólo están vivos cuando pueden experimentar la cercanía amorosa de otros. Entonces les hago reflexionar siempre sobre si son capaces de regalarle a sí mismos cercanía, si están cerca de sí mismos. La

mujer que de niña jugaba con sus muñecas a «ser una familia estupenda» se regalaba una cercanía amorosa. De niña sabía perfectamente que también ella podía ser cariñosa consigo misma, aun cuando no había experimentado suficientemente el amor de sus padres. En toda persona hay un barrunto del amor. No debemos quedarnos fijados en el amor de los demás, pues de hacerlo así nos haremos totalmente dependientes de ellos. También nosotros somos siempre aptos para el amor. Que empecemos a amarnos a nosotros mismos, a decirnos un «sí» incondicional y a tratarnos con ternura y amor, es una decisión.

Cómo abordar experiencias de carencia

Cuando alguien se queja de su falta de amor, yo tomo en serio su lamentación. Es un gran sufrimiento el de quien de niño no se sintió nunca amado. Pero no dejo que mi interlocutor se quede en la queja, ni tampoco le pregunto sólo por su capacidad para amarse a sí mismo, sino también si puede creer que Dios le ama. A algunos apenas les resulta concebible que Dios pueda amarles incondicionalmente y que ellos puedan construir sobre el fundamento de este amor. Otros nunca han considerado esta posibilidad del amor de Dios. Pero cuando les exhorto a cerciorarse de este amor de Dios, a sentirlo corporalmente, recibiendo los cálidos rayos del sol y dejándose impregnar por ellos, crece su sensación de que tiene que haber otro amor más. Sienten que con su queja acusan en última instancia a Dios y a los seres humanos del hecho de que ellos se hayan quedado con las ganas de experimentar el amor. Pero con su acusación pierden de vista el amor de Dios, que está deseoso de encontrarse con ellos en la creación y en muchas

personas. Cuando se ponen en camino de descubrir el amor de Dios en su vida, crece en ellos la sensación de que este amor no es una promesa vana y poco convincente, sino que puede conducir hasta una profunda paz interior.

Una joven me refería cómo sus padres padecían ambos una patología adictiva. Estaban tan enfrascados consigo mismos y con su adicción, que descuidaban totalmente a los hijos en sus necesidades de amor. Para esta mujer, la única manera que tenía de soportar este abandono, siendo niña, era ir una y otra vez a la iglesia y ponerse delante del altar de la Virgen. Allí se sentía en casa. Allí sentía algo del amor que le llegaba a raudales de la atmósfera de la iglesia y, sobre todo, de la imagen de la Virgen. Aquella niña tenía una sana intuición de que no existe sólo el amor de los padres, sino un amor más grande, en el que se puede confiar. Y este amor maternal de Dios era para ella necesario para sobrevivir. Sin él, se habría cerrado totalmente o habría tenido incluso que darse por vencida. El amor de Dios la salvó, en el sentido más auténtico de la palabra.

Naturalmente, tal experiencia de carencia puede hacer que nos resulte difícil acercarnos a los demás o dejar que el amor de otro se nos acerque. Anhelamos el amor, pero al mismo tiempo tenemos miedo a admitirlo, pues de niños hemos experimentado siempre la cercanía como amenazadora. Una mujer que haya compensado la falta de amor de los padres con la experiencia del amor divino puede ingresar en un convento por desconfianza con respecto al amor humano, porque allí está segura del amor divino. Pero el amor divino no puede convertirse en sustitutivo del amor humano. En algún momento me encontraré también con mi anhelo de que una persona me ame sin reservas, me abrace tiernamente. Mirar de frente este anhelo no significa necesariamente vivirlo en la práctica enta-

blando una relación. Pero sólo si tomo en serio ese anhelo, si miro mi amor a Dios a través de él, podré llegar a un amor de Dios maduro. Sin un análisis sincero de mi necesidad de cercanía humana, la cercanía de Dios se convierte en mera farsa. Pero si acepto mi necesidad sin reservas, puedo llegar a la experiencia del amor de Dios sin experimentar a la vez necesariamente el amor humano.

El amor de Dios como condición de posibilidad del amor humano

La relación entre amor humano y amor divino, sin embargo, no atañe sólo a la cuestión de la mediación, sino también a la cuestión de cómo puede tener éxito el amor entre dos personas. En el amor entre un hombre y una mujer, entre dos amigos o amigas, estamos siempre inclinados a poseer al otro totalmente para nosotros. Y a menudo esperamos del otro inconscientemente un amor y una protección absolutos. Pero ningún ser humano puede dar algo absoluto. Con nuestras expectativas absolutas le estamos exigiendo demasiado al otro. Y con bastante frecuencia nos vemos luego decepcionados. En el matrimonio o en la relación de amistad, topamos una y otra vez con límites. Pese a toda cercanía, notamos distancia. Pese a todo entendimiento, aparece el sentimiento de extrañeza. Algunas personas reaccionan ante la experiencia de decepción dirigiendo sus expectativas a otra pareja que parece colmar sus anhelos. Pero, tras un breve tiempo, también en esa relación volverán a topar con los límites.

El amor humano sólo puede lograrse si no lo entiendo de manera absoluta, sino como mediación del amor divino, y si dejo que las decepciones me empujen una y otra

vez hacia Dios. Las decepciones forman parte esencial del amor. Acaban con el error en que caigo una y otra vez, y que consiste en creer que el otro puede darme un amor y un apoyo absolutos. Sólo Dios puede dar algo absoluto. Cuando veo el fundamento de mi existencia en otro ser humano, me hago dependiente de él. Y este sentimiento de dependencia genera en mí agresividad de manera inconsciente. Pues en el fondo de nosotros está también el ansia de libertad. La dependencia va contra nuestra dignidad. Si sólo me siento vivo cuando el otro me ama, me pierdo a mí mismo. El fundamento sobre el que construyo mi vida debo verlo en Dios. Entonces podré disfrutar del amor de mi pareja o del amigo. Entonces podré estar agradecido por el apoyo que en él experimento. Pero sabré que es sólo un apoyo condicional, nunca incondicional. El otro es mortal. Envejecerá y enfermará. No puede garantizar sus sentimientos, por mucho que me jure fidelidad. Quienes están fijados únicamente en el otro, se enfurecen con frecuencia por celos o por miedo a perderlo. El amor de Dios, en el que siento mi fundamento más profundo, me libera del aferramiento medroso al otro y, de ese modo, posibilita el éxito del amor humano. No me lamentaré de haberme engañado con el otro, sino que dejaré que el desengaño me remita una y otra vez al amor de Dios, que no es tan frágil como el amor humano y que constituye un fundamento firme sobre el que entonces podré también edificar la casa de mi amor al otro.

La dimensión erótica del amor de Dios



Muchos se quejan de que el amor a Dios no mueve realmente su corazón; de que dicho amor es fruto más bien de su simple voluntad; de que querrían amar a Dios, pero muchas veces no pueden... O bien, piensan que todo eso de que Dios les ama (*cosa que también ellos dicen creer*) está muy bien, pero no pueden vivir de ello. Pues dicen que este amor no lo experimentan en lo más hondo de su corazón.

Los místicos, sin embargo, han vivido existencialmente el amor de Dios y han descrito dicho amor con un lenguaje erótico. Al parecer, el amor de Dios ha provocado en ellos el mismo efecto que la experiencia de unión sexual. Han experimentado el amor divino corporalmente, a veces como en una especie de orgasmo. Es célebre la visión de Teresa de Jesús en la que Cristo la hiere con la flecha del amor. Bernini representó tan a lo vivo esta escena que muchos ven en ella un orgasmo. Teresa se desploma ante el amor exactamente igual que una mujer se desploma ante el hombre al que ama con todos sus sentidos.

La mística holandesa Hadewijch de Amberes (1230-1260) describe cómo, en la vigilia de Pentecostés, tuvo de pronto la sensación de que Cristo mismo venía hasta ella

y la abrazaba: «Me tomó en sus brazos y me apretó contra sí. Sentí en todos mis miembros la plena bienaventuranza de su cuerpo según las ansias humanas de mi corazón. Con plena conciencia, fui allí satisfecha a placer»²³. En el encuentro con Cristo, *Hadewijch* tiene una experiencia parecida a la del hombre y la mujer en el acto sexual. Al parecer, una experiencia espiritual intensa se expresa en el cuerpo de la misma manera que una experiencia sexual. Siempre que una persona queda absolutamente conmovida por algo, su cuerpo se ve también afectado por ello. Cuando no creo en Dios únicamente con la cabeza, sino que lo experimento en mi corazón y con todos mis sentidos, el cuerpo entero se ve afectado por ello. Puede temblar y vibrar exactamente igual que en la experiencia sexual. Queda «satisfecho» exactamente igual que en el acto sexual.

Al leer los escritos de los místicos, algunas personas tienen la impresión de que su experiencia dista mucho de la de ellos. Les parece que no sienten el amor de Dios o el amor de Cristo con esa profundidad. No podemos forzar tal experiencia mística. Pero sí podemos, no obstante, abrirnos a ella. Para mí es una pista importante el intentar percibir a Dios en la creación con todos los sentidos. Muchos dicen: «A un ser humano lo siento, puedo abrazarlo, puedo besarlo. Pero Dios está muy lejos». ¿Qué es, sin embargo, lo que constituye realmente la experiencia del amor humano? ¿Es el contacto físico, es el beso? Se puede tocar la piel de una persona sin sentir amor. Sí, incluso se puede besar sin amar. Que un contacto físico o un

23. Herman VEKEMAN, «Erotik und eheliche Liebe bei Hadewich», en (O. Steggink [ed.]) *Mystik. Band 1. Ihre Struktur und Dynamik*, Düsseldorf 1983, pp. 183s.

beso transmita el amor depende de si amo realmente al otro y luego expreso ese amor corporalmente, de si lo de-jo correr a raudales a través de la respiración, a través del roce, a través del beso. Cuando no hay amor, tampoco un beso puede generarlo. Pero si fluye en mí, puede derramarse a raudales en el otro mediante el roce tierno o mediante el beso. Entonces siento el amor como un río, como un intercambio interior. Exactamente igual puede entrar en mí a raudales el amor de Dios cuando estoy totalmente en el contacto físico. Cuando acaricio tiernamente una flor, cuando me de-jo acariciar por el viento, eso puede convertirse en una experiencia de amor tan intensa como el contacto con un cuerpo humano. Lo importante es únicamente que crea en el amor de Dios que me quiere abrazar a través de la creación, y que lo admita corporalmente.

Peter Schellenbaum habla de la «conciencia perceptiva». Los seres humanos perciben el amor entre sí sólo cuando tienen conciencia perceptiva, cuando están del todo en el contacto físico. Entonces un simple roce lleno de ternura puede expresar ya todo cuanto de amor hay en nosotros. Muchos que han perdido esta conciencia perceptiva tienen que agarrar el cuerpo del otro con violencia para sacar de él el amor, el placer. Sólo se sienten a sí mismos cuando oprimen cada vez con más fuerza al otro. Necesitan la excitación, el clímax sexual, pero no pueden disfrutar el amor, no pueden percibirlo por mucho tiempo. Schellenbaum puede imaginarse perfectamente que personas que se aman mucho renuncien a la unión sexual. Existe también un amor erótico entre hombre y mujer que no va encaminado al acto genital. Nuestro autor habla de una mujer que, debido a su capacidad de amar, renunció a las relaciones sexuales. Y se muestra contrario a calificar de asexuales a quienes viven su eros en la entrega a una tarea

social, cultural o religiosa. «Por el contrario, estas personas tienen a veces una intensa irradiación sexual. En las fases intensas de su propia entrega, su cuerpo segrega la misma hormona que el cuerpo de quien se prepara para un encuentro sexual»²⁴. En toda entrega intensa se producen «sensaciones estimulantes de unión fluida». Esto es aplicable también a la entrega a Dios. Puede excitar y hacer vibrar el cuerpo humano exactamente igual que la entrega en el acto sexual.

La espiritualidad como represión de la sexualidad

La relación entre sexualidad, amor humano y amor de Dios es múltiple. Hay personas que hablan demasiado rápidamente del amor a Dios porque tienen miedo del amor humano. Utilizan el amor de Dios para no encontrarse con su sexualidad. En algunos cristianos piadosos –sobre todo, por supuesto, en religiosos y sacerdotes– me encuentro con una espiritualidad que sólo sirve para reprimir la sexualidad y evitarla. Pero lo terrible es que estas personas giran constantemente en torno a la sexualidad y despilfarran muchísima energía para mantener su sexualidad bajo control. Esa energía les falta luego en su vida, en su trabajo y en sus relaciones. Con frecuencia me duele tener que ver en esos casos cuánta energía se desperdicia, cómo la gente sufre con ello desde su infancia y se siente culpable por causa de sus fantasías sexuales. Pongamos el ejemplo de una mujer que antes de su primera comunión contempló el parto de una vaca. Su madre la riñó. Eso no se ha-

24. Peter SCHELLENBAUM, *Das Nein in der Liebe. Abgrenzung und Hingabe in der erotischen Beziehung*, München 1986, p. 101.

cía, eso era pecado. En su primera comunión, su vela de comulgante se apagó, y sobre su vestido blanco cayó una mancha de cera. Esto fue para ella un signo de que era una pecadora, indigna de comulgar. Aquello desencadenó en esta mujer tal miedo que, a partir de entonces, la comunión no fue nunca para ella liberadora ni sanadora, sino que se vinculaba siempre con el miedo a que las fantasías sexuales la hicieran indigna de comulgar y a que con cada comunión sólo consiguiera enredarse aún más en el pecado. Me causó espanto el modo en que este giro continuo en torno a las faltas sexuales y a la indignidad oscureció la infancia y la juventud de esta mujer, e incluso cómo ahora, a los sesenta años de edad, sigue con ese miedo invencible a la sexualidad. ¡No es posible que ésta sea la voluntad de Dios! Fue únicamente la consecuencia de la educación y la comunicación dadas por unas personas que, a su vez, estaban determinadas por el miedo y que, en nombre de Dios y de la moral, llenaron de miedo a otros.

La imagen de Dios que subyace a tal represión de la sexualidad es pesimista. Es el Dios severo y mezquino que, sobre todo, observa con detalle cómo abordamos nuestra sexualidad. Al mirar esta imagen de Dios, uno se da cuenta de cuánto miedo debe de tener ese Dios a la sexualidad para tener que controlar tan estrictamente algo que él mismo creó como un don y como algo bueno. Pero muchos siguen considerando la sexualidad como algo sucio que, en el mejor de los casos, hay que mantener lo más alejado posible del cuerpo. Como mínimo, la sexualidad es tabú. No se habla de ella. Uno la reprime para no tener nada que ver con ella. Pero este camino no acaba bien. Al contrario, siguiéndolo, uno anda siempre dando vueltas en torno al tema de la sexualidad. Tiene continuamente miedo a ser dominado por ella. La sexualidad es como un vol-

cán que puede entrar en erupción tan pronto como alguien lo toque. Por eso se prefiere poner sobre dicho volcán una tapadera. Pero se necesita mucha energía para apretar dicha tapadera sobre el volcán de manera que se impida la erupción. Cuando las personas piadosas reprimen su sexualidad, tampoco pueden desarrollar una espiritualidad profunda. Su piedad está entonces marcada por leyes y normas que se deben observar. Es una piedad moralizante que se distrae de su propia incapacidad para integrar la sexualidad en el camino espiritual predicando a los demás el cumplimiento de la moral sexual eclesiástica y, a menudo, estableciendo además exigencias sumamente rigurosas.

La represión de la sexualidad no conduce al verdadero amor de Dios. Quien reprime la sexualidad se trata a sí mismo de manera dura y cruel. Esta dureza, y a menudo hasta brutalidad, se expresa también en la manera de manejar las cosas, por ejemplo los libros que uno lee, el portafolios, la herramienta... Y se manifiesta en el juicio sobre las otras personas. Por desgracia, no carecen de fundamento las cosas que se dicen sobre la brutalidad de las personas piadosas que juzgan con mucha dureza a los demás, les reprochan constantemente sus faltas y no pueden dejar de husmear su sexualidad. Precisamente en los Estados Unidos, donde la moral sexual puritana determina a muchas personas, espiar la conducta sexual de los personajes eminentes y ocuparse de ella es una verdadera adicción. Esto remite siempre a la represión de la propia sexualidad, que lleva a tratar de manera inhumana y brutal a los demás. Esta dureza se manifiesta también en el trato con Dios. A Dios se le ve sobre todo como el que establece exigencias rigurosas y vigila para que el ser humano las cumpla. Pero, por mucho que hablemos del amor de ese Dios a nosotros y por más que se exhorte a la gente a amar

a Dios, a un Dios así no se le puede amar de ninguna manera. Pues entonces se predica del amor sin amor. Es verdad que las palabras son correctas, pero de una predicación así no sale amor alguno, sino tan sólo dureza. Y detrás de la dureza se esconden la tristeza, la desesperación y la frialdad. Cuando los místicos hablan de Dios, nos sale al encuentro calor a raudales. Entonces queda tocado nuestro corazón. Entonces sentimos que realmente aman a Dios, que su corazón está lleno de amor. Probablemente no haya un santo que manifieste un amor tan profundo a Dios como Francisco de Asís. De él se cuenta que, siempre que aparecía la palabra «Señor» en los salmos, se relamía los labios de gusto y amor. Cuando rezaba la palabra «Señor», su corazón rebosaba de amor a Cristo.

La sexualidad como sucedáneo de la espiritualidad

La represión de la sexualidad es la primera manera errada de vincular (o de contraponer) los tres ámbitos: la sexualidad, el amor humano y el amor divino. El segundo camino errado consiste en la glorificación de la sexualidad. Esto lleva a sustituir la espiritualidad, como anhelo del misterio, por la sexualidad. Según Ken Wilber, en el siglo XIX la sexualidad fue elevada hasta ocupar el centro mismo del interés humano, pues se había perdido el interés por la trascendencia, por el misterio de Dios. Allí donde la Naturaleza se convierte en la realidad última, únicamente la sexualidad alberga el misterio de la personalidad humana. En el siglo XIX, la sexualidad quedó divinizada, por así decirlo. Por aquel entonces, ya no se tenía olfato alguno para el misterio; ya únicamente se daban vueltas en torno a la sexualidad. En el «mundo de la llanura», la sexualidad

era el único misterio que todavía existía para el ser humano que vivía al día en la superficie. «La sexualidad adquirió un aura verdaderamente mística. Se le asignaron un valor, un poder y una autoridad que iban mucho más allá de lo que se puede sacar de la libido como tal»²⁵. Para Ken Wilber la sexualidad es, en cualquier caso, una forma de expresión del espíritu con la que uno también puede retroceder de nuevo a tientas hasta el espíritu. Tiene una dimensión espiritual. Pero cuando uno se queda fijado en la sexualidad, olvida su dimensión espiritual. Se queda en la superficie. «La superficie es ya la totalidad, y su profundidad más honda es sexualidad»²⁶. En lugar de encontrar el camino de vuelta al espíritu a través de la superficie de la Naturaleza, en este momento se desentierra la sexualidad reprimida y se piensa que eso es ya todo. Que todo el misterio del ser humano consiste en eso. Lo cual entraña una reducción de la condición humana, reducción por la que se paga un elevado precio. La dignidad del ser humano se pierde. Su sexualidad no es ya un impulso para trascenderse y hacerse uno con Dios en el éxtasis del amor. Se convierte más bien en objeto de consumo. Para conseguirla se sacrifica a personas en el altar de la obtención del placer.

Hans Jellouschek observa que en muchas parejas se exige demasiado de la sexualidad, porque ésta se convierte en el único lugar donde el yo se trasciende. Lo que en otro tiempo se esperaba de la religión –que en el éxtasis del amor el ser humano se trascendiera y se hiciera uno con Dios– se espera hoy de la sexualidad. Pero con ello és-

25. Ken WILBER, *Eros, Kosmos, Logos. Eine Vision an der Schwelle zum nächsten Jahrtausend*, München 1996, pp. 555s.

26. *Ibid.*, p. 555.

ta se convierte en el sucedáneo de la religión y se ve terriblemente sobreexigida. Se convierte en un objeto de consumo que ya no lleva a los seres humanos más allá de sí mismos. La sexualidad se convierte en la única promesa de vida. Al habernos hecho incapaces de percibir en todo el misterio de la vida y del amor, quedamos fijados en la sexualidad, que únicamente deja entrever algo de trascendencia y de olvido de sí. La sexualidad adquiere una dimensión religiosa. Sin embargo, no remite ya a la trascendencia de Dios, sino que permanece cerrada en sí misma. Pero entonces –dice Jellouschek– en el acto sexual seguimos siendo «solitarios para los que la *unio mystica* a lo sumo centellea, pero sin llegar a tocarles en suerte. El amor entre los sexos no existe para saciar el anhelo de una unión más abarcante, sino más bien para conservarlo vivo y para mantenernos a nosotros en camino hacia dicha unión»²⁷.

La euforia como huida de la sexualidad

Una tercera manera errada de considerar los tres ámbitos en su mutua relación consiste en hablar de manera eufórica del amor de Dios. Los místicos siempre describieron su amor erótico a Dios con un lenguaje que, efectivamente, estaba lleno de pasión y anhelo, pero que al mismo tiempo era realista. El lector puede comprender desde dentro lo que experimentaron los místicos. Pero hoy son muchas las

personas que hablan de manera sumamente eufórica acerca de su amor a Dios, que se dejan llevar por hermosos sentimientos. Ante eso, yo siempre soy escéptico, pues demasiado a menudo he tenido la experiencia de que una piedad excesivamente eufórica no es más que el reverso de unos problemas sexuales que pretenden encubrirse con ella. Con su euforia, esas personas quisieran escapar a su impulsividad, pero se quedan atascadas en ella. Quien se entusiasma en demasía con el amor de Dios no advierte en absoluto cómo proyecta sobre Dios sus necesidades demasiado humanas de cercanía y sus fantasías sexuales. Pero de ese modo no se transforma su sexualidad. Por el contrario, la euforia lo aleja de la realidad. Esto hace posible que algunos vivan en dos planos: en el plano de la euforia, en el que sienten a Dios muy cerca, y al mismo tiempo en el plano de la vitalidad y la sexualidad, que en realidad no perciben en absoluto como tal, porque lo elevan ideológicamente en exceso. En la mayoría de los casos, oscilan entonces entre el entusiasmo y la autoinculpación, porque son incapaces de integrar la sexualidad. Pero con ello no modifican nada, sino que tan sólo estabilizan su conflicto entre piedad exagerada y sexualidad inmadura, acusándose y despreciándose una y otra vez a sí mismos.

La autoinculpación rehace el equilibrio interior y les permite seguir viviendo en dos planos: el de una moral rigurosa y, al mismo tiempo, el de la vivencia práctica de sus necesidades, que no se ve en absoluto afectado por su elevada predicación moral. O, por el contrario, se preparan una teoría propia según la cual tampoco en una relación sexual viven sexualidad alguna, sino que sólo quieren transmitir al otro el amor de Dios. Viven prácticamente la sexualidad sin reconocerlo. De esa manera, tampoco necesitan cambiar nada.

27. Hans JELLOUSCHEK, «Männer und Frauen auf dem Weg zu neuen Beziehungsformen», en (P.M. Pflüger [ed.]) *Der Umbruch im Mann*, Olten 1989, p. 177.

La mística como integración de la sexualidad en la espiritualidad

Frente a estos tres caminos errados, los místicos nos muestran una manera viable de integrar la sexualidad en la experiencia del amor de Dios. Los místicos no viven en dos planos separados entre sí, ni reprimen su sexualidad a costa de la espiritualidad, sino que expresan su amor a Dios en su cuerpo; en ellos, la experiencia del amor de Dios atañe también a su sexualidad. La entrega a Dios presenta las mismas emociones que la entrega sexual. Los místicos viven con la misma intensidad que un acto sexual el amor que Dios les tiene. Lo cual, naturalmente, supone vivir siempre en el filo de la navaja. No podemos distinguir fácilmente si la experiencia erótica del amor de Dios es auténtica o es tan sólo una proyección sobre Dios de una sexualidad reprimida. Un criterio importante es siempre la realidad. Los místicos eran siempre personas realistas que dejaron huella en este mundo, que supieron trabajar mucho y eficazmente y que vivieron relaciones humanas intensas. No tomaron el amor de Dios como sucedáneo del amor humano. Para ellos el amor de Dios era, por el contrario, la cumbre de la experiencia del amor. En el encuentro con el amor de Dios experimentaron que este amor impregna al ser humano entero, cuerpo y alma, consciente e inconsciente, que moviliza todas las fuerzas vitales y hace resplandecer el cuerpo entero. Los místicos eran personas que amaban siempre. Experimentaron el amor con su cuerpo y lo irradiaron con todo su ser. Para Schellenbaum, un requisito es que en su entrega las personas célibes experimenten el eros como don de la vida, que no se encierren en un gueto. Cuando un convento se concibe como un gueto, «la manifestación mística del eros se

debilita»²⁸. Por eso para los místicos también fue siempre importante la amistad con otras personas, que les permitía vivir el amor a una persona de manera no sexual, aunque erótica, pese a todo. El amor erótico a las personas fortaleció el *eros* de su amor a Dios. Para ellos el amor era realmente su actitud fundamental. Podían amar con el mismo amor sensual a los seres humanos, a los animales, a las plantas, al viento, al sol y a Dios. Eran enteramente amor. Habitaban, por así decirlo, en el amor. El amor marcaba también su trato consigo mismos. No había en él ningún desprecio ni desvalorización de sí, sino conformidad agradecida consigo y con su vida. Podían mirar amorosamente a su propia realidad. Quien es amor puede amar siempre y en todo lugar, pues de él brota amor, aunque no viva una amistad íntima y exclusiva con otra persona.

A quien realmente ama, a menudo le basta el aliento del amado. En el aliento común siente cómo ese amor corre a raudales por él y lo vincula con el otro profundamente. En el aliento se hacen uno. Quien siente este amor humano de manera atenta y consciente –con la conciencia perceptiva de que habla Schellenbaum– sentirá también el amor de Dios cuando trate con cuidado su propia persona, las cosas, las plantas y animales y a sus semejantes. El místico persa Dshalal ud-din-i Rumi describió de manera maravillosa en el siglo XIII cómo, al alentar, Dios nos llena del perfume de su amor:

«¡Oh, Dios grande!,
con tu alma se ha mezclado la mía
como el agua con el vino.

28. Peter SCHELLENBAUM, *Das Nein in der Liebe...*, p. 102.

¿Quién puede separar el vino del agua,
quién volver a separarnos ya a ti y a mí?
Te has convertido en mi gran yo.
Ya no quiero ser tan sólo un pequeño ello.
Eternamente me has dicho “sí”,
pues eternamente te digo yo “no”.
El perfume de tu amor, que me impregna,
nunca sale del tuétano de mis huesos.
¡Oh Dios!, en tu boca soy como una flauta,
dame tu hálito para que suene.
Dame un golpe para que lllore,
tú, aliento de mi corazón».

Obviamente, este piadoso musulmán había experimentado también corporalmente el amor de Dios. Si me meto en mi respiración tan cuidadosamente como lo recomienda este texto, en cada inspiración podré sentir cómo me impregna el amor de Dios, cómo se hace indistinguiblemente uno conmigo el amor de Dios; podré sentir que dicho amor corre a raudales a través de todos los poros de mi cuerpo, que no hay nada en mí que no esté tocado por el «perfume de amor de Dios».

Lo expresado por este místico persa lo encuentro en las palabras de Jesús sobre la vid (Jn 15,1-8). En mi respiración, el amor de Dios corre a raudales a través de mí. Estoy sujeto a la viña de Cristo. Y toda la vida que siento en mí es su amor divino. Pues, en efecto, el vino es para Juan una imagen del amor de Dios, que nunca se agota. Jesús nos promete: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto» (15,5). La respiración que me atraviesa, la sangre que corre por mis venas, todo cuanto fluye en mí, es imagen del amor de Dios que llena mi cuerpo y me regala vida y

la fecundidad. Jesús exhorta a sus discípulos: «Permaneced en mi amor» (Jn 15,9). Al parecer, puedo «habitar» en el amor de Jesús. Éste es el efluvio que me rodea. Es la fuerza que me atraviesa. Es el perfume de amor de Dios, que, en mi respiración, llena todo mi cuerpo. Para Jesús es lo mismo decir «Permaneced en mí» o «Permaneced en mi amor». Estar en Cristo significa estar en su amor, habitar en la casa de su amor, estar en casa en su amor. En su amor llega a su cumplimiento el anhelo del corazón, en él puede el corazón descansar.

La condición previa para experimentar corporalmente el amor de Dios es que me meta totalmente en mi respiración, que al hacerlo me olvide de mí mismo, que sólo esté ya en la respiración. Entonces tendré una experiencia del amor de Dios de parecida intensidad a la que siento cuando experimento el amor de un ser humano en un beso o en la unión sexual. Pero, en el caso de un ser humano, sólo sentiré realmente ese amor si creo en él. El beso por sí solo aún no es amor. Sólo expresa el amor en el que creo. Exactamente igual, la respiración puede estar vacía, sin amor, sin cercanía. Pero cuando creo que en mi respiración entra en mí a raudales el amor de Dios, y cuando me hago totalmente uno con mi respiración, en ella puedo vivir corporalmente el amor de Dios. No puedo retener dicho amor. A veces, pese a toda mi prudencia y atención, no lo percibiré. En esos momentos me quedaré en mí y en mi inquietud. Me ayudará entonces confiar en mi anhelo. Aun cuando no perciba el amor de Dios, estoy, no obstante, al tanto de mi profundo anhelo de dicho amor. Cuando sigo el rastro de este anhelo, vuelve a surgir en mí un barrunto del amor de Dios.

Aun cuando no puedo aferrarme al amor de Dios, sé, sin embargo, que no es tan frágil como el amor humano.

En una amistad o en el matrimonio podemos experimentar intensamente el amor de una persona. Pero al mismo tiempo sabemos lo rápidamente que dicho amor puede trocarse en indiferencia, en agresividad, en deseo de posesión, en acoso, en mutua humillación. Basta con que el otro nos hiera para que surjan en nosotros palabras con las que le hacemos pagar su herida y deseamos tocarle en su punto débil. Sabemos lo rápidamente que el sentimiento del amor puede desvanecerse. Algunos reaccionan entonces aferrando al otro o escondiéndose tras una fachada impenetrable, para no ser tan vulnerables. Pero también puedo dejar que el frágil amor humano me remita al amor de Dios. Ambos amores no son entonces contrarios que se excluyen, sino que la experiencia del amor humano me remite constantemente al amor de Dios. Esto me ayuda a disfrutar de mi amor a una persona sin miedo a perderla. La experiencia del amor divino me libera de aferrarme excesivamente al otro. Sé que nuestro amor sólo puede subsistir si los dos nos dejamos remitir al amor de Dios. Así, la experiencia del amor de Dios es el fundamento sobre el que podemos construir nuestro amor humano. Éste es, ciertamente, el sentido del sacramento del matrimonio: que el amor entre hombre y mujer transmita el amor de Dios y remita al amor de Dios. Esto da al amor de ambos firmeza y estabilidad.

Para mí, la respiración no es el único camino para experimentar corporalmente el amor de Dios; también lo son los gestos. El amor a nuestros semejantes también lo expresamos con gestos. Abrazamos al otro, tocamos sus manos, lo besamos. Los gestos de la oración tienen la misma forma que los gestos humanos de amor. Entre ellos destaca para mí el gesto de la cruz, el gesto de amor por antonomasia. Cuando contemplo a Cristo en la cruz, cómo ex-

tiende los brazos, me siento abrazado por él. Cuando también yo extiendo los brazos, tengo la sensación de que el amor entra a raudales en mí, de que soy un recipiente en el que se vierte el amor de Dios. Sospecho entonces que en mí hay tanto amor que puedo dejarlo fluir sin vaciarme de él. Otra modalidad del gesto de la cruz consiste en cruzar las manos sobre el pecho. A María se la representa así a menudo, mirando hacia dentro y conservando las palabras en su corazón. Con este gesto me viene siempre a la cabeza la imagen de Henry Nouwen de que la vida espiritual consiste en cuidar el fuego interior. En nosotros arde el fuego del amor divino. Pero muchas veces dejamos abiertas las puertas de nuestro horno, y éste se apaga. Con los brazos cruzados sobre el pecho, cierro las puertas de mi corazón. Entonces no dejo entrar a nadie en mí. Ahí estoy yo solo con mi Dios. Entonces cuido el fuego interior, el amor de Dios que llena mi cuerpo. En un curso practicamos este gesto, y una mujer dijo que al hacerlo había sentido mucho calor dentro de sí. Es la misma experiencia que en el amor a un ser humano. También entonces nos emocionamos. Tales gestos nos permiten sentir que el amor de Dios se expresa corporalmente con la misma intensidad que en el tierno amor entre un hombre y una mujer. Para quien con uno de esos gestos siente el amor de Dios, los textos bíblicos sobre el Dios del amor no son palabras vacías.

6

La fuerza sanadora del amor



Hay personas de las que se ha apoderado el amor y que expresan tal hecho con esta frase: «Estoy enfermo de amor». El amor puede trastornar el cuerpo de manera parecida a como lo hace una enfermedad. Pero el único amor que hace enfermar es el no correspondido. Cuando dos personas se aman, su amor posee una fuerza sanadora. Las llagas de la infancia, en efecto, consisten casi siempre en falta de amor, en experiencias de rechazo, de humillación, de desvalorización, de frialdad y de odio. Y, a la postre, tales llagas sólo puede sanarlas el amor. Esto no se aplica sólo al amor de los enamorados, sino también al proceso terapéutico. Lo que en última instancia sana al paciente no es el método psicológico que utiliza el terapeuta, sino el amor que le manifiesta o, como lo expresa Rogers, el interés ilimitado y lleno de estima, la empatía, la atención incondicional y positiva. El paciente necesita la experiencia de una aceptación incondicional por parte del terapeuta para poder superar su déficit de experiencia de amor en la infancia. Con bastante frecuencia se enamora de su terapeuta. Se produce la «transferencia», cosa que puede ser absolutamente saludable. Sólo que la paciente debe anular

por otro lado dicha transferencia, para no hacerse dependiente del terapeuta. Debe percibir en sí misma el amor que el terapeuta le manifiesta sin pretenderlo. Entonces ese amor la sanará. Si ella siguiera dirigiendo su amor al terapeuta, lo convertiría cada vez más en mesías, en salvador, en redentor. Pero con ello le estaría exigiendo demasiado. Estaría proyectando sobre él una imagen arquetípica que, en última instancia, lo haría igual a Dios.

La transformación en virtud del amor

Son muchos los cuentos que nos hablan de que el amor puede sanar nuestras heridas. En el de los seis cisnes, la hermana, en virtud de su amor, libera a sus seis hermanos del hechizo que los había convertido en cisnes.

Permanece seis años en silencio, durante los cuales cose para sus hermanos camisas de estrellas. Ésta es una hermosa imagen de su amor. Reflexiona sobre cada uno de sus hermanos orando, borda para cada uno una camisa que le siente bien, se medita a sí misma dentro de la imagen siempre única que corresponde a cada uno de sus hermanos. Y la proyección positiva de su amor libera a sus hermanos de la proyección negativa que la bruja había arrojado sobre ellos. Cuando la muchacha –que entre tanto se había convertido en reina– va a ser quemada en la hoguera, debido a las maquinaciones de la bruja, llegan volando justo a tiempo los seis cisnes. La reina les arroja sus camisas, y ellos se transforman de nuevo en seres humanos. El amor de su hermana les hizo convertirse de nuevo en seres humanos.

Lo que este cuento describe corresponde a nuestra experiencia cotidiana. Cerca de algunas personas no estamos

a gusto, tenemos la impresión de que de ellas emana una frialdad que nos hiela. En la proximidad de determinadas personas, como que nos convertimos en animales: en el lobo que mata, en el erizo espinoso o en el conejo ante la serpiente. Hay quienes nos absorben la energía. O tenemos la impresión de que cerca de ellos nos ensuciamos. De esas personas brota una proyección negativa. Tienen una irradiación que se percibe en el cuerpo y que nos produce una repugnancia física. Junto a otras, por el contrario, nos encontramos a gusto. Nos emocionamos, entramos en contacto con nosotros mismos, con nuestra fuerza, con nuestro amor. Junto a ellas, el animal que hay en nosotros se convierte de nuevo en ser humano. El odio y los celos son proyecciones negativas que pueden tener sobre nosotros un efecto casi mágico y nos «hechizan». El amor es una proyección positiva que nos despierta de nuevo a la vida, que nos hace convertirnos de nuevo en verdaderos seres humanos.

Que el amor humano sana, es algo que la mayoría de la gente puede comprender perfectamente. Pero ¿cómo puede curarnos la experiencia del amor de Dios? Muchos piensan que quienes enfermaron en su infancia debido a la carencia de amor humano, necesitan la experiencia de dicho amor para sanar. Es como una compensación. Recibir mucho menos de lo que necesitaban les enfermó. Sólo sanarán si recuperan este amor, ya sea mediante el acompañamiento de un terapeuta o pastor de almas, ya sea a base de posteriores «cuidados maternos o paternos», ya sea porque se enamora de ellos una persona que los deshiele con su amor... Esto guarda plena correspondencia con nuestra experiencia, y en la mayoría de los casos será así. Pero para mí también se da igualmente la sanación de nuestras heridas en virtud de la experiencia del amor divi-

no. El amor divino es un don de la gracia tan gratuito como la experiencia del amor humano. No podemos pagar por el amor de una persona; sólo podemos esperar hasta que nos lo regale. Así sucede también con el amor de Dios: no podemos forzarlo ni mediante la oración ni mediante la meditación ni mediante la renuncia ni mediante el goce. Pero sí podemos abrirnos a este amor, pues él siempre está presente. Nos rodea en todo, en la flor que olemos y en el pájaro que canta. Tan sólo tenemos que darnos cuenta del amor de Dios. Percibirlo o no, sin embargo, no depende únicamente de nuestro manejo atento de las cosas. En última instancia, es también un regalo que debemos esperar. Entonces podrá sanarnos igual que el amor humano.

Me contaba una mujer a la que le iban muy mal las cosas, y que se había despreciado continuamente a sí misma, que durante las vacaciones tuvo una experiencia intensa. De pronto, se sintió totalmente una. Notó dentro de sí una paz profunda. Era una consigo misma, pero también una con Dios. Esto hizo que desapareciera su desasosiego, liberándola de su enfermiza desvalorización de sí misma. Esta mujer había hecho terapia durante largo tiempo. Estaba al tanto de todas sus heridas. Se las podía explicar con precisión a cualquiera. Pero estar al tanto de las heridas no las curaba. Necesitaba una experiencia profunda. En este caso no fue una experiencia mediada por el amor de una persona, sino una experiencia inmediata de Dios. Estaba sola de vacaciones, y de repente, durante un paseo por el bosque, experimentó que todo estaba bien. Se percibió a sí misma, se sintió en armonía consigo misma, con la Naturaleza y con todo cuanto la rodeaba; en última instancia, también en armonía con Dios. Esto sanó sus heridas. Naturalmente, esta sanación no supone que esta mu-

jer haya dejado de tener problemas con su falta de autoestima. Los pensamientos negativos retornarán. Pero ahora posee algo que puede oponerles: no una idea, sino una experiencia que la ha transformado radicalmente.

Ernesto Cardenal describe de manera impresionante, en su famosa *Vida en el amor*, cómo el ser humano sólo llega a ser verdaderamente libre e íntegro cuando ama, cuando admite en su corazón el amor de Dios que está presente en todo. Se remite a Teresa de Jesús, la cual habla de cómo en la morada más interior de nuestro castillo habita Dios como el amor, y de cómo Dios está loco de amor por nosotros. «Nuestra alma es la suntuosa sala de la que sólo Dios tiene la llave. Si él no entra, se quedará vacía»²⁹. Sólo cuando nos volvemos hacia dentro, y en nuestro interior descubrimos a Dios como el amor, llegamos a ser lo que realmente somos: seres humanos creados a imagen de Dios y que no son nada más que amor. La auténtica sustancia de nuestro ser es el amor. Y sólo cuando abrimos los ojos a esta profundísima realidad llegamos a ser verdaderamente humanos. Entonces no estamos ya determinados por nuestras heridas y humillaciones, sino por el amor, que transforma nuestras heridas, que las moldea en un grito que pide amor. Cardenal habla una y otra vez de la morada interior que hay en nosotros y en la cual habita Dios como el amor: «En el interior de todo ser humano hay un espacio, un ámbito absolutamente personal, al que sólo Dios tiene acceso. Pero la mayoría de la gente ignora la existencia de este espacio íntimo, y por eso tiene el corazón vacío y sin amor»³⁰. Sólo cuando descubrimos el amor di-

vino en el fondo de nuestra alma, dejamos de buscar con angustia y avidez fuera de nosotros, en el mundo, la satisfacción de nuestras necesidades. Muchos prosiguen insatisfechos su búsqueda de un amor que les llene el corazón. «Buscan su dicha en cosas tan ridículas como el dinero, el alcohol o el placer, con toda la fuerza de su mente; pero ésta tiene por destino la contemplación de la bienaventuranza»³¹. Sólo podrían experimentar verdadera paz en su corazón, escribe Cardenal, «si se volvieran a su propio interior, al Gran y Único Amor que en ellos late y respira»³². Para Ernesto Cardenal, la experiencia del amor de Dios es sanadora. Antes de su ingreso en la Trapa, amó de muchas maneras. En ese momento experimenta que Dios le ama de manera incomparable: «Mis amores anteriores me han enseñado lo que significa este amor. Sé cómo me amas, pues también yo he amado y sé lo que es la pasión y la obsesión y el estar loco por alguien. Y tú estás loco por mí y me amas con obsesión. Me amas con todas mis debilidades, con todos mis defectos, tanto heredados como adquiridos, con mi ser exactamente tal como es, con mi susceptibilidad y mi temperamento, con mis hábitos y mis complejos. Me amas tal como soy»³³. Ésta fue para Cardenal una experiencia sanadora que dio a su vida una cualidad nueva. Antes, pese a la experiencia de muchos amores con personas concretas, por las noches solía sentirse solo, y sus suspiros caían en el vacío. Pero en ese momento puede decir: «Casi percibo en mi interior, más adentro que yo mismo, Su Respiración».

29. ERNESTO CARDENAL, *Das Buch von der Liebe* (cit. en nota 15), p. 27.

30. *Ibid.*, p. 45.

31. *Ibid.*, p. 28.

32. *Ibid.*, p. 29.

33. *Ibid.*, p. 50s.

Las heridas que cada uno de nosotros lleva consigo están, en última instancia, condicionadas por la falta de amor. De niños no fuimos aceptados en nuestra condición única. No experimentamos un verdadero amor. Fuimos utilizados, en lugar de ser amados. Los adultos nos usaron para satisfacer sus propias necesidades, pero pasaron por alto nuestras necesidades más profundas. La falta de amor nos ha hecho enfermar. La sanación sólo es posible si experimentamos el amor, si alguien nos ama incondicionalmente y si en el amor humano reconocemos el amor infinito de Dios. Pero el amor de Dios no depende del amor humano. Está también presente en nuestro corazón. De ahí que no tengamos que andar constantemente buscando a personas que nos amen. En las conversaciones se oye a menudo la queja de que, por ejemplo, alguien anhela amor desde su infancia y nunca lo ha obtenido. Tales personas tienen con frecuencia un ansia tan desmesurada de amor que nadie se atreve a acercárseles, pues todo el que intenta mostrarles algo de amor es totalmente acaparado y monopolizado por ellas. Sus expectativas excesivas sobre el amor humano les hacen imposible experimentar el amor que anhelan. En la conversación intento responder a esa queja en una doble dirección. Por un lado, dirijo su mirada hacia el amor que ya han experimentado, al amor de sus padres, de sus amigos, a los numerosos y pequeños signos de amor que viven diariamente, en una mirada amistosa, en un obsequio, en una buena conversación. Si llegan a deshacerse de la desmesura de sus necesidades, descubrirán en todas partes tales signos de amor. Por otro lado, a la persona que se queja de su falta de amor intento mostrarle un camino que lleve hasta su corazón, donde habita el amor. De ninguna manera podría anhelar tanto el amor si no lo percibiera dentro de sí. En lugar de ir hacia fuera con

su anhelo, debería más bien descubrir en lo más íntimo de sí el fundamento de dicho anhelo, el amor de Dios, que ya está en él. Cuando sea capaz de concebir que allí, en su ámbito más íntimo, habita Dios como el amor, que allí están el calor y la clemencia, la ternura y la caricia, y cuando se abandone a este amor, tendrá, en medio de su experiencia de carencia, la sensación de que todo está ya en él. El amor que tanto ansía llena ya su corazón. Sólo tiene que descubrirlo. Sólo necesita creer en él y verlo y sentirlo en la fe. La fe lo libera de la ceguera con que ha pasado por alto el amor presente en su corazón. Cuando vea el amor, también podrá sentirlo. Entonces podrá el amor desplegar en mí su fuerza sanadora.

Tomar el amor

Muchos quieren acabar con sus heridas produciendo mucho, bien sea para los demás, con el fin de obtener su cariño, bien sea para Dios, con el fin de pagar por Su amor. Pero mediante el rendimiento no experimentarán nunca el amor que Dios les manifiesta. Quieren ser ellos quienes curen sus propias heridas. Pero no les resulta. Hacen esfuerzos excesivos, con lo cual se debilitan cada vez más —como la hemorroísa, que quería pagar por el amor dándole todo (Mc 5,25-34)—. Ésta da su sangre, su entera fuerza vital sale de ella. Representa a las mujeres que en su relación lo dan todo y, de ese modo, se debilitan cada vez más. Se dejan la piel en su amor y, finalmente, se sienten exangües. Quien da mucho necesita también mucho. Pero, en la mayoría de los casos, dando no recibe lo que anhela. La hemorroísa se gasta todos sus bienes en médicos. Cuando en la relación no obtiene ya lo que anhela, desea alcanzar la atención de los médicos y terapeutas. Para ello

debe pagar. Pero tampoco consigue de ese modo lo que ansía. Con sus bienes entrega sus posibilidades, sus facultades, su talento, su fuerza. Hace muchas cosas por los demás para pagar por su atención. Si da tanto, es porque necesita mucho amor. Ansía amor y cree que sólo puede alcanzarlo dando todo cuando posee, su vida y sus bienes. Pero, al darlo todo para ser finalmente amada, las cosas van de mal en peor. Se encuentra vacía y exhausta; con su sangre, ha perdido también toda su fuerza. Su sanación sólo podrá empezar cuando deje de dar para pagar por el amor y comience a tomar el amor que ya está ahí, que se encuentra con ella en Jesús. Toma el borde de su manto. Lo agarra, incluso. No suplica atención, sino que la toma. Ase el manto de Jesús. Lo hace todavía a escondidas, porque aún no quiere confesárselo a sí misma. Se ha identificado tanto con su papel de dadora que todavía le resulta difícil tomar. Por eso lo hace a escondidas. Pero, apenas ha tocado el borde del manto de Jesús, experimenta el amor que siempre ha anhelado. El amor está ahí. Sólo necesitamos tomarlo. Entonces nos sanará. Jesús valida lo que ella ha hecho. Le habla con amor: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad» (Mc 5,34). Jesús se dirige a ella como hija. En este momento, ella experimenta una atención paternal. En este momento se establece una relación padre-hija, en la que ella experimenta el amor que siempre ha anhelado. Y la experiencia de este amor le da paz interior y sana sus heridas.

Cerrarse al amor

Otra manera de reaccionar ante la falta de amor consiste en cerrarnos completamente para no tener que sentir ya el dolor que hemos experimentado en la humillación. Es el

caso de un hombre que de niño describió todo su amor y entusiasmo en una redacción porque el tema le interesaba personalmente. Cuando el maestro devolvió los trabajos, hizo pedazos su redacción sin hacer ni un comentario. El niño se sintió desgarrado interiormente. Su corazón, que él había abierto, quedó desgarrado. Así que se juró no volver a mostrar su corazón a nadie, para no volver a verse desgarrado otra vez. Este hombre se aislaba. Pero al mismo tiempo anhelaba cercanía. Anhelaba poder abrir su corazón a alguien que le amara incondicionalmente, ante quien no tuviera razón de ser el miedo a verse desgarrado, desenmascarado, analizado. Pero no se atrevía a seguir su anhelo. El miedo a la llaga era demasiado grande. Tan pronto como alguien se volvía a él con cariño, se retraía por miedo a que volvieran a herirlo tan cruelmente. Era un círculo vicioso del que no sabía salir. Muy lentamente, tuvo que ir aprendiendo a confiar en los pequeños signos de amor que las personas le mostraban, para ir abriéndose poco a poco allí donde percibía amor. Es importante, sin embargo, que escuche a su corazón. No debe exigirse demasiado. Debe abrirse en función de su miedo y no saltar con violencia por encima de él. Entonces irá creciendo lentamente la confianza. Pero, al mismo tiempo, también será útil que no espere el amor sólo de los seres humanos, sino que se vuelva al amor que ya está en él, al amor de Dios que habita en lo más íntimo de su corazón. Cuando entre en contacto con su corazón y con el amor que es inherente a él, cesará la desmesura de su anhelo, y él quedará liberado de la compulsión de tener que cerrarse siempre de nuevo. Podrá irse abriendo poco a poco y aprender de nuevo, suavemente, a vivir.

Otro caso es el de una mujer para quien, de niña, la casa de sus padres fue fría y despiadada. La madre era como

un sargento que le daba órdenes a todas horas, pero era incapaz de mostrar ternura y amor. Cuando la hija encontró en un internado a una educadora que se ocupaba de ella, su corazón se abrió. Experimentó por primera vez algo parecido al amor. Decidió no aprender nada más en la escuela, para suspender y así poder permanecer otro año en el internado. Cuando le falló este intento, le entró tal miedo a tener que regresar a la frialdad de la casa de sus padres que se tomó unas pastillas: no deseaba seguir viviendo. Para sanar una herida tan profunda se requiere mucho tiempo, mucha paciencia y, sobre todo, mucho amor, que abre un espacio para poder hablar sobre toda esa frialdad. Pues en ella se había instalado una profunda desconfianza, tanto con respecto a las personas como con respecto a Dios. Anhela la cercanía al tiempo que se defiende de ella, pues teme que, de otro modo, tenga que renunciar a sí misma. *No sería ya ella misma. Y con Dios siempre tiene miedo a que le juegue una mala pasada.*

Por eso, ante Él, se cierra para protegerse. Pero ésta no es una vida de verdad. ¿Cómo puede llegar a la armonía consigo misma esta mujer con su desgarró? Ella querría abandonarse al amor de Dios, pero no le es posible. La desconfianza con respecto a ese Dios es demasiado profunda. Exige mucha paciencia y prudencia transmitir a esta mujer tan hondamente herida el amor de Dios a través de la benevolencia y la comprensión propias, de manera que pueda creer en él y abandonar sus medidas de protección. De nada serviría exhortarla diciéndole simplemente que debe creer en el amor de Dios. Este amor de Dios debe hacerse sentir en las palabras, tiene que estar presente en la atmósfera de la conversación, para que también ella pueda creer en dicho amor. Pero el acompañante tampoco debe someterse a la presión de tener que transmitir el amor

de Dios a través de su atención. Pues el momento en que el amor de Dios toca el corazón de una persona es siempre un misterio de la gracia. Para esta mujer podría existir también otro camino: hacer sencillamente como si amara, como si creyera en el amor de Dios. Pues en todas sus dudas y en su desconfianza está también presente, pese a todo, el anhelo del amor de Dios. Por eso, si dice en su corazón unas palabras de la Escritura que le confirmen el amor y da por supuesto que son correctas, podrá entrever que el amor de Dios no es sólo una palabra, sino una auténtica realidad. De este amor dice Thomas Merton, a quien cita Cardenal, que no es irreal: «Al contrario, la única realidad es el amor»³⁴. Por eso la mujer podría referir a sí las palabras que Dios dirige a su Hijo en el bautismo, y decirlas en su corazón y, de ese modo, dejar por una vez a un lado durante una hora todas las dudas, hasta que las palabras se hagan experimentables: «Tú eres mi hija amada, en ti me complazco». Eres importante para mí. Eres única. O bien podría meditar ante la cruz acerca de los brazos abiertos de Jesús e imaginarse que los abre por ella, para abrazarla; que ella es tan importante para Jesús que él se entrega y muere por ella.

Especialmente difícil de sanar es el amor herido que han experimentado mujeres de las que se ha abusado sexualmente. Amaban a su padre y junto a él experimentaban la cercanía. Eran la favorita del padre. Pero eso se pagó con el abuso sexual, que el padre explicó a la niña como expresión de su amor. Esto provocó en la niña una profunda confusión de sentimientos. A partir de entonces, tiene miedo de volver a ser utilizada. Muchas mujeres se cie-

34. *Ibid.*, p. 7.

rran al amor a raíz de ello, para protegerse del abuso de los hombres. Esto resulta comprensible y hasta tiene su legitimidad. Sólo que deberían ir aprendiendo lentamente dónde inspiran los hombres confianza y dónde aparecen más bien como abusadores. Otras mujeres reaccionan ante la llaga pegándose constantemente a los hombres. Se definen ya sólo desde el hombre. Esto resulta paradójico, dado que fue un hombre quien las hirió. Pero así prolongan la llaga que experimentaron de niñas. Se hieren a sí mismas porque no han elaborado la llaga de su niñez. Anhelan que un hombre llegue a satisfacer finalmente su necesidad de un amor limpio y puro, pero resultan heridas una y otra vez. Precisamente en estos casos sería adecuado el camino hacia dentro, para poder experimentar una sanación real de las heridas. Primero tendrían que ser capaces de amarse a sí mismas y abandonar su creencia de que sólo son dignas de amor cuando los hombres las aman. Son dignas de amor, y capaces de amar, por sí mismas. En su corazón ya hay amor. El camino hacia dentro significaría sentir en el corazón el amor de Dios y creer en él. Dicho amor podría liberarlas de andar girando en torno al amor humano, que para ellas nunca está a la altura de sus expectativas.

La ambivalencia del amor

La ambivalencia de esas personas que anhelan amor y que lo rechazan allí donde se les muestra, la describe de manera imponente Marcos en la curación del endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20). Se trata de un hombre que vive en la frialdad de la muerte. Habita en los sepulcros. Está completamente aislado del amor humano. Una mujer me

contaba que de niña vivió ya en un sepulcro así. Su madre no pudo establecer ninguna relación con ella, porque en el fondo le reprochaba el haber sido, con su nacimiento, la causa de que ella no hubiera podido separarse de su padre. La madre no pudo amamantar ni cuidar a la recién nacida. Como reacción, la niña rechazaba el alimento. Se crió sin relación con la madre. En un entorno así, los comportamientos agresivos se multiplican. El endemoniado de Gerasa no se deja dominar. Hace pedazos las cadenas con las que quieren sujetarlo a la fuerza. Y se hiere a sí mismo. Se golpea con las piedras para atraer la atención sobre sí. Quien se hiere y atormenta a sí mismo, lo hace con la esperanza de que alguien vea su dolor y lo sane. El endemoniado grita día y noche. Quien grita pide atención; en última instancia, pide amor a gritos. Pero cuando llega Jesús y lo trata con amor, él le bufa: «¿Qué tengo yo contigo? [...] No me atormentes» (Mc 5,7). Desde la frialdad de la falta de amor, experimenta el amor de una persona como un tormento. Se siente atraído por ese amor. Pero no puede aceptarlo. De hacerlo, se derretiría el hielo del glaciar de su sentimiento. Y eso le dolería. Se ha acomodado de tal manera dentro del frío edificio de su vida, que el calor del amor que anhela le resultaría insoportable.

Jesús quiebra esta resistencia al amor entablando un diálogo con él, preguntándole ante todo por su identidad y por su historia. La pregunta «¿Cómo te llamas?» (Mc 5,9) no es sólo una pregunta por su nombre, sino por aquello que lo constituye. Sólo cuando el endemoniado habla de los muchos demonios que viven en él, y cuando Jesús se ocupa de sus deseos, queda aquél abierto para el amor de Jesús, que lo libera de los demonios. En el acompañamiento espiritual, me siento a veces sin recursos para abrirle los ojos al amor y a la vida a una persona que an-

hela el amor y que al mismo tiempo se cierra a todo cariño. Jesús nos muestra en este pasaje un camino: primero debo hacer que me cuenten su frialdad y su desesperación en toda su extensión, y debo ocuparme de las reflexiones y estrategias del desesperado. Sólo entonces puede irse diluyendo paulatinamente el rechazo. El hielo puede ir fundiéndose lentamente. Y el corazón se abre al amor.

La mujer que de niña vivió en la «nevera» de la falta de relación, castigó a su madre con una actitud agresiva y la dejó totalmente desamparada en medio de sus sentimientos de culpa. En la terapia exteriorizó con gritos su agresividad. Pero esto hizo aún más profundo su dolor. El camino para salir de la «nevera» pasaba por su propio anhelo de amor. De niña siguió dicho anhelo. Entonces sabía perfectamente lo que podía ayudarle. Corría al bosque, y allí se sentaba durante horas sobre un alto. Entonces experimentó algo del amor maternal de la Naturaleza. Cuando confía en este amor maternal de Dios que le sale al encuentro en la creación, ya no necesita, como el endemoniado, herirse la cabeza a golpes en el glaciador de su abandono. Entonces puede mirar el abandono y al mismo tiempo descubrir el amor que la abraza, el gran amor de Dios en el que está protegida y sostenida también en su condición de hija abandonada por su madre. Esta mujer no podía creer en el amor de Dios. Para ella Dios, como Padre y también como Madre, estaba demasiado lejos. Pero en la Naturaleza se sabía envuelta por un amor maternal. Y este amor que ella experimentó en la creación fue la pista vital que la llevó a aprender a vivir y a amar.

7

Los caminos psicológicos y espirituales de la sanación



Lo que pretendo en este capítulo no es escribir un tratado teórico sobre la relación entre acompañamiento psicológico y acompañamiento espiritual. Hay acerca de ello abundantes reflexiones en la bibliografía existente. Lo que quisiera es, simplemente, contar algunas experiencias que he tenido en el acompañamiento espiritual. Para mí es importante tomar en serio el plano psicológico. No puedo saltar por encima de él pegando a cada herida una «tiritita» espiritual. Pero el acompañamiento espiritual tampoco puede imitar a la terapia. Su verdadero objetivo es poner a la persona en un camino que le permita familiarizarse cada vez más profundamente con el misterio del amor que Dios le tiene y que le haga cada vez más capaz de amarse a sí mismo, al prójimo y a Dios. También los psicólogos dirán que la meta del acompañamiento es capacitar para el amor. Para Rogers, por ejemplo, esa meta consiste en que a lo largo de la terapia el paciente se vaya abriendo cada vez más a las experiencias de su vida, en que se trate a sí mismo y a los demás con mayor ternura, en que se haga más atento y cuidadoso, dispuesto a afrontar la verdad en-

tera y a aceptarse y amarse a sí mismo con toda su verdad. En el acompañamiento espiritual no cuenta tan sólo el buen hacer del pastor de almas, sino también la apertura a la gracia del Espíritu Santo, que durante la conversación actúa en ambos interlocutores. Y cuenta también, además, experimentar el amor de Dios como fundamento de la propia vida.

En el acompañamiento espiritual y terapéutico se abordan con frecuencia los mismos temas. Se habla, por ejemplo, de las llagas de la infancia, de la agresividad y la sexualidad, del miedo y los estados de ánimo depresivos, de abandono y soledad, de angustia y parálisis, de desgarró y obsesión. Pero en el acompañamiento espiritual surge además constantemente la pregunta: «¿Qué significa todo esto para tu relación con Dios? ¿Cómo lo encarás desde tu fe en el amor incondicional de Dios? ¿Adónde pretende llevarte esta experiencia?». No se trata sólo de superar las llagas de la infancia, sino de experimentarlas como un salto al amor de Dios. Quizá esto suene a salto piadoso. Pero no se refiere a eso. Primero debo afrontar mi verdad, mis heridas, el dolor y la rabia que provoca en mí el recuerdo de las llagas. Debo adentrarme en los sentimientos de rabia y de dolor. No puedo saltar por encima de ellos con una especie de «spiritual bypassing», o atajo espiritual, que parece mucho más fácil que ahondar en la dolorosa realidad. En algunos círculos cristianos, llegados a este punto, se pasa demasiado apresuradamente por encima del pasado. Una mujer me contaba que le habían dicho una y otra vez que no debía mirar al pasado, que éste ya estaba resuelto por Jesucristo, el cual la había descargado de todo aquello. Pero tal prohibición autoritaria de mirar al pasado brota más del miedo a éste que de la confianza en que estoy con mi pasado en las bondadosas manos de Dios.

Las llagas de la infancia aparecerán de nuevo. La fe, por sí sola, no me dispensa del camino que me exige Cristo: el camino del descenso al reino de sombras de mi alma, en el cual hice entrar por la fuerza todo cuanto durante largo tiempo no quise mirar porque me resultaba desagradable y no respondía a mi imagen cristiana ideal.

La herida remite al amor

No se trata de rehuir mis llagas, sino de mirarlas conscientemente. Pero no debo quedarme en eso. En un momento o en otro se plantea la pregunta de cómo me relaciono con mi pasado, en qué lo convierto, si estoy dispuesto a asumir la responsabilidad de mi vida... Y en el acompañamiento espiritual las preguntas continúan: ¿Cómo afronto esta llaga? ¿Debo superarla de manera aislada? ¿Qué es la gracia de Dios? ¿Cómo puedo creer, a la vista de mis heridas, en el amor de Dios? ¿Hasta qué punto puede transformar mis heridas el amor de Dios? ¿Acaso mi fracaso no pretende precisamente iniciarme con más profundidad en el misterio del amor divino? ¿Acaso con mis heridas no se rompe precisamente mi ego para abrirme al Dios que no se puede manipular ni concebir? Hacer tales preguntas no supone que yo tenga inmediatamente a punto una respuesta piadosa. Pero me exige no quedarme lamíéndome mis llagas, sino confrontar mi realidad con mi fe. ¿Es mi fe en el amor de Dios tan sólo un tinte piadoso o puede transformar mis heridas? La fe en el amor de Dios no es un eficaz remedio milagroso contra toda llaga. Para mí, la fe en el amor incondicional de Dios es una ayuda para afrontar sin miedo mis llagas. El amor de Dios es para mí una atmósfera sanadora en la que puedo quitarme el

vendaje de mis heridas para que el aliento sanador de Dios sople sobre ellas. Mis heridas pretenden empujarme precisamente al interior del amor de Dios. Me demuestran que no puedo prescindir de la gracia y el amor de Dios, que no puedo sanarme a mí mismo. La herida puede abrirme al amor de Dios. Por esa abertura puede entrar a raudales el amor de Dios. Entonces siento de golpe en mi herida, pese a todo, una profunda paz interior. La herida no desaparece, hace daño. Pero ya no hurgo en ella. En la herida siento cómo me acepta y me ama Dios. Esto transforma el dolor del herido en el dolor del amado, que es más fácil de soportar. La herida se convierte en el lugar de la experiencia de Dios.

Mistagogía (iniciación) en el amor de Dios

Una manera de que puedan sanar mis heridas consiste en la experiencia concreta del amor de Dios. El acompañamiento espiritual pretende conducir a las personas a la experiencia del amor de Dios. Ésta es una tarea mistagógica del acompañamiento espiritual. La mistagogía es el arte de mostrarle a la persona la presencia y la cercanía sanadora de Dios, y de señalarle el camino que conduce a la experiencia inmediata del mismo. La cuestión es cómo podemos llevar a cabo esta tarea mistagógica en el acompañamiento espiritual de manera adecuada a los tiempos que vivimos. ¿Cómo conducir a las personas aquejadas de sí mismas hasta la experiencia del amor de Dios de tal manera que no resulte cínica ni ofrezca con demasiada rapidez soluciones piadosas? En su libro *Tú eres mi amado*, Henry Nouwen intentó dar una respuesta desde su fe personal a quienes viven en un mundo secularizado y se pre-

guntan por el sentido de la vida. Su amigo le pedía: «Háblanos del anhelo más hondo de nuestro corazón... No sobre nuevos métodos para satisfacer nuestras necesidades emocionales, sino sobre el amor»³⁵. Y cuando Nouwen reflexionaba sobre cómo podía responder a los anhelos más profundos de esos jóvenes, la palabra «amado» aparecía una y otra vez en su corazón. «Tú eres completamente amado por Dios». En esto ve él la respuesta a las verdaderas necesidades del ser humano. En esto cifra la importantísima tarea del acompañamiento espiritual: en transmitir a las personas que son hijos e hijas amados de Dios. Pero al mismo tiempo Henry Nouwen forcejea largo tiempo con la cuestión de cómo introducir en la experiencia de Dios a personas que viven hoy en un entorno puramente mundano que no parece afectado por Dios. Su amigo, el que le requiere una y otra vez para esta tarea, le da el siguiente consejo: «Confía en tu propio corazón. Las palabras vendrán después»³⁶. Así, también yo quiero confiar en mi corazón en este momento en que me dispongo a hablar del acompañamiento espiritual como vía de iniciación en la experiencia del amor de Dios.

La terapia pretende llevar al paciente a poder aceptarse y amarse a sí mismo. En ese proceso le abre también los ojos a las personas que le aman. Todo el mundo necesita la experiencia de ser amado por sí mismo. Y todo terapeuta sabe lo difícil que es llevar a quienes dudan de sí mismos, a quienes ponen en duda todo amor que experimen-

35. Henri J.M. NOUWEN, *Du bist der geliebte Mensch. Religiöses Leben in einer säkularen Welt*, Freiburg 1993, p. 20 (trad. cast. del original inglés: *Tú eres mi amado: la vida espiritual en un mundo secular*, PPC, Boadilla del Monte 2003).

36. *Ibid.*, p. 22.

tan de parte de los demás, a saberse amados y poder amarse a su vez. Quien duda radicalmente de sí, cuestiona todo amor que experimenta. Piensa que los demás no le aman realmente. Que únicamente lo hacen para que él dé tregua, para aquietar su mala conciencia, para poder presentarse ante los demás como benefactores. Cree que el terapeuta no le ama realmente, que tan sólo se muestra benevolente con él, porque eso es parte de su trabajo terapéutico. Son miles las razones que las personas no amadas aducen para no tener que creer en el amor, pues, al parecer, la fe en el amor pondría completamente patas arriba el edificio de su vida. Ya no podrían parapetarse detrás del papel de víctima; ya no podrían alegar que los demás tienen la culpa de sus calamidades. Tendrían que romper la coraza de la que se revistieron para no tener que sentir nada más. De niños se juraron que no volverían nunca más a herirles, porque no dejarían entrar en ellos el amor. Pese a su intensa ansia de ser amados, se han prohibido a sí mismos el amor, porque no quieren admitir el dolor que siempre lo acompaña.

El camino de la terapia se limita exclusivamente a capacitar al paciente para amarse a sí mismo apoyándose en el amor que ha experimentado. En cambio, propio de la curación anímica es además que la persona llegue a ser capaz de amar a los demás. Quien se ama a sí mismo no gira constantemente en torno a su persona, sino que se abre a los demás. Gracias a que en la terapia se ha abierto y ha decidido mirarse a sí mismo en toda su verdad, tiene luego ojos también para el apuro del otro. Y está dispuesto a comprometerse con los demás, no sólo para ayudarles en su apuro, sino también para seguir su propio anhelo y admitir la cercanía de personas que le atraen. Propia de la salud es la capacidad de dejarse amar, de admitir el amor y también de amarse a sí mismo. Así, la habilitación para

amar al prójimo entra también de lleno en el objetivo de la terapia.

El acompañamiento espiritual ensancha la mirada, llevándola –más allá del amor que el acompañado ha experimentado de otros y del que él puede darse a sí mismos y a los demás– hasta el amor de Dios. Su arte consiste en transmitirle al acompañado que Dios lo ama incondicionalmente. Esto, como digo, es un arte. Y es que no basta simplemente con decirle al otro estas palabras. Lo de que el acompañado es hijo amado, hija amada, de Dios debe resonar en el otro en cada célula de su ser. Henry Nouwen ha pronunciado conscientemente la voz de Dios dentro de las muchas voces que cada persona oye normalmente referidas a sí: «No vales para nada, eres feo, careces de todo valor, eres un inútil, no eres nadie... y, si no, ¡demuestra lo contrario!»³⁷. Al meter el amor de Dios precisamente dentro de las situaciones en las que nadie se puede amar, en las que uno se siente rechazado y sin ningún valor en absoluto, a veces el bloqueo puede quedar roto, y el otro tal vez empiece a ser capaz de creer –quizá todavía muy débilmente– que en el fondo de su existencia es amado. A veces el acompañante tiene también la sensación de hablar a oídos sordos.

En tales ocasiones debe manejar con más prudencia sus palabras, que deben concordar con lo que él irradia y con la experiencia que transmite. A veces, las palabras sobre el amor de Dios suenan exageradas y postizas. Se tiene la impresión de que, si el otro tiene que decir tantas palabras y dejarse llevar por la euforia, es porque en lo más hondo de su corazón no puede creer que realmente es amado.

37. *Ibid.*, p. 26.

La experiencia sanadora del amor de Dios

Con sus meditaciones sobre el amor, Ernesto Cardenal ha intentado abrir los ojos de sus semejantes al hecho de que el amor de Dios los rodea por todas partes, de que todo es expresión de este amor divino. No conozco a nadie que pueda sustraerse totalmente al embrujo de sus palabras. Pero también existe una diferencia entre encontrar placer en sus palabras e intentar creerlas realmente. Además, «creer» significa no sólo tener por verdadero lo que Cardenal me asegura, sino intentar abrirme a ello con todos los sentidos: «El amor de Dios nos rodea por todos lados. Su amor es el agua que bebemos, el aire que respiramos y la luz que vemos. Los distintos fenómenos naturales no son otra cosa que distintas formas materiales del amor de Dios. Nos encontramos en Su Amor como el pez en el agua»³⁸. Para poder experimentar esta realidad no se requiere sólo la fe. Debo además manejar de manera nueva el agua, el aire, los alimentos... En cada trago de agua que bebo debo imaginarme que con él bebo el amor de Dios. Y en cada trago de vino puedo decir con el enamorado del Cantar de los Cantares: «Más dulce que el vino es tu amor» (4,10). El manejo atento y cuidadoso de todas las cosas puede transmitirme que en todas ellas doy con el amor de Dios, que en todas ellas me toca el amor de Dios. Esto cambiará mi vida. Dejaré de lamentarme de que nadie me ama; de que ansío enormemente la cercanía, pero que no la experimento porque nadie se preocupa de mí, nadie me considera digno de amor. No es verdad. El amor me rodea por todos lados. Tan sólo tengo que extender la

38. Ernesto CARDENAL, *Das Buch von der Liebe...* (cit. en nota 15), p. 34.

mano y tomarlo. Hay muchos que no quieren creer en el amor de sus padres o de sus amigos y se niegan, de manera parecida, a creer en el amor de Dios, que les rodea tan realmente como el amor de sus padres.

Pero ¿cómo puede creer en el amor de Dios quien ha experimentado la pérdida de un ser querido o ha vivido su niñez como un infierno? No puedo tomar el amor de Dios como un mero paño caliente y ponerlo sobre la herida ulcerada. Primero debo examinar cuidadosamente la herida y vendarla. Ello será entonces expresión del amor de Dios, mientras que unas palabras precipitadas acerca de su amor parecerán más bien una huida de la realidad y un cerrarse al dolor del otro. Precisamente en medio del más profundo dolor por un fracaso, por la ruptura de una amistad, por la pérdida del ser amado, muchos viven una experiencia espiritual. Cuando se ven privados de todo aquello sobre lo que construyeron su existencia, entrevén de golpe que, en el fondo, son uno con el fundamento de todo ser y que, pese a toda decepción, en el fondo todo está bien. Ellos no le llamarían a esto «experiencia de Dios». Para mí, sin embargo, el acompañamiento espiritual supone contemplar junto al otro sus experiencias, de manera que en ellas reconozca su ansia y su intuición de que hay un amor de Dios que lo sostiene.

Las huellas del amor en la infancia

Para mí no basta sólo con tratar con cariño a las personas heridas. ¿Cómo puede creer en el amor de Dios una persona que ha sufrido lo indecible por haber sido objeto de abusos, golpeada, rechazada, despreciada...? Un camino es la declaración positiva del amor de Dios. Otro camino consiste en buscar ya en sus heridas huellas del amor de

Dios. ¿Dónde experimentaba el niño algo de amor, a pesar de la frialdad y la crueldad de su entorno? ¿Dónde había personas paternas y maternas que le transmitían una sensación de amor? ¿Dónde se sentía el niño amado, pese a todo? ¿Dónde podía abandonarse? ¿Dónde estaba a gusto? ¿Dónde podía olvidarse?... Una mujer que en los últimos años de la guerra sólo percibió miedo en los adultos, y que sólo de mala gana evoca el recuerdo del húmedo y oscuro «bunker» y de una vivienda demasiado pequeña donde había muchos niños desconocidos y donde no se sentía en casa, experimentaba una sensación de seguridad y amor en medio de ese mundo inhóspito cuando podía dormir en su propia cama, cuando se echaba la manta sobre la cabeza y disfrutaba del calor. En ese instante había algo de seguridad en ella, una seguridad más profunda que la que los seres humanos podían darle. De algún modo se hacía sentir el amor de Dios en medio del desamor de los seres humanos. Tales recuerdos pueden ayudarle hoy a creer en el amor de Dios, ya que con bastante frecuencia se siente sola e incomprendida, y sufre a causa de sí misma y de su introversión. Entonces sospecha: «Hay algo más que mi problema, que mi incapacidad para arreglármelas con mi vida. Existe el amor de Dios, que me rodea en este mismo instante, que puedo percibir cuando me acurruco en mi lecho cálido, que puedo respirar, que siento muy cerca en el calor del sol».

La meditación de declaraciones bíblicas de amor

Otro camino para experimentar el amor de Dios en medio de la experiencia del desamor consiste en meditar determinados textos bíblicos, entre ellos las maravillosas pala-

bras de los profetas que nos declaran este amor. Debemos dejarlas penetrar en nuestro interior, decírnoslas una y otra vez y meditarlas. Conviene que en ese momento dejemos a un lado las dudas que surjan ante tales palabras y que nos las guardemos para el día siguiente. Conviene que, sencillamente, hagamos como si las palabras de la Biblia fueran verdad. Entonces llegarán hasta nuestra ansia de ser amados, y nuestro corazón se ensanchará. Si es verdad lo que dice Dios en el libro de Jeremías —«con amor eterno te he amado; por eso te he guardado fidelidad tanto tiempo» (31,3)—, ¿cómo me siento entonces? ¿Cómo puedo ver entonces la historia de mi vida? ¿Qué importancia puedo dar a mis heridas? ¿Cómo me vivo en este mismo instante, dado que el amor eterno de Dios me atañe personalmente? ¿Es demasiado bonito para ser verdad? ¿O puedo vivir de ello? ¿Pueden estas palabras facilitarme otra manera de ver mi vida? ¿Puedo, a la luz de estas palabras, decirme «sí» a mí mismo, estar conforme con la historia de mi vida, reconciliado conmigo mismo?

En el libro de Oseas, Dios le dice a Israel: «Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, tanto más se alejaban de mí» (11,1s). Con estas palabras podría yo revisar la historia de mi vida. Quizá también haya sido ésta mi historia: desde niño me alejé de Dios, porque para mí era más importante otra cosa, porque me interesaban más los baales, porque el éxito y el reconocimiento eran para mí más importantes que nada. Cuando revise mi historia y adquiera la noción de que Dios me ha amado en todos mis caminos, rodeos y sendas erradas, de que nunca ha apartado de mí su mano amorosa, veré mi niñez con otros ojos. Entonces podré entrever que el amor de Dios me rodeaba también allí donde yo no lo percibía, debido a las heridas causadas en mí por

el desamor de los demás. Entonces, tras la ira y el dolor por mis heridas, se abrirá también paso en mí la sensación de amar y de ser amado: incluso con mis heridas y a pesar de ellas, he sido siempre el hijo amado, la hija amada, de Dios.

Conducir hasta el amor de Dios con prudencia

A menudo tenemos una noción errónea del amor de Dios. Pensamos que Dios sólo nos ama cuando cumple nuestros deseos. Una mujer que a los cuarenta años no tiene pareja, aunque desearía tenerla, le pide a Dios constantemente en su oración que le envíe a un hombre con el que pueda recorrer en compañía su camino. Pero sus ruegos no tienen éxito. El amor de Dios no siempre se muestra en la concesión de aquello que le pedimos. No tiene sentido decirle a esa mujer que ha de rezar aún más o pedir con mayor confianza, y que entonces se le otorgará lo que pide. Tampoco es sensato disuadirla de su anhelo de encontrar a un hombre bueno. Pero tiene que lograr liberarse de esa fijación que le hace creer que sólo un hombre podría hacerla feliz. Con su anhelo, le exigiría demasiado a cualquier hombre.

En este caso, creo que el camino correcto es que piense sus ansias hasta el final: ¿se cumplirán mis ansias más profundas si me ama un hombre, o seguirán vivas? Además, intento hacerle ver cómo puede experimentar concretamente en su vida de soltera el amor de Dios, que el amor de Dios efectivamente la rodea. No tiene que suplcarlo. Ya está ahí. Puede disfrutar el amor de Dios viviendo conscientemente su jornada, elaborando rituales que le hagan bien, aprendiendo a disfrutar de sus comidas, alegrándose de cada encuentro con otras personas, mirando

con nuevos ojos a los niños a los que enseña en la escuela. El amor de Dios no se convierte por ello en el sucedáneo de una inalcanzada relación de pareja, sino que la libera de una fijación: la de obtener la felicidad por medio de un semejante. Si espero la felicidad únicamente de otra persona, quedaré necesariamente defraudado. La experiencia del amor de Dios, que me da paz en mi soledad, también posibilita con frecuencia una relación de pareja. Pues si estoy satisfecho conmigo mismo, si también solo soy una persona de amor, una persona amada, que irradia amor, encontraré también pareja si es bueno para mí. Pero también podré vivir igual de bien solo. Noto que vivir solo o en pareja es secundario. Que lo decisivo es vivir del amor y amar.

Una mujer que de niña ha sido objeto de abusos primero debe, naturalmente, admitir el dolor y la rabia, para irse liberando lentamente del poder del autor de ese abuso. Pero el simple mirar y estudiar a fondo no cura la herida. Para mí es importante, además, la dimensión espiritual. Dentro de ella está, ante todo, la imagen del intocable espacio interior en el que Dios mismo habita en mí, en el que nadie puede herirme, en el que mi dignidad no sufrió menoscabo. Este espacio interior está lleno del amor de Dios. Ahí no tienen acceso ni el odio ni la codicia de los demás. La herida del abuso no alcanza hasta este espacio del amor. Ahí se encuentra la mujer totalmente sana y salva, ilesa, intacta, santa. Otra ayuda espiritual para abordar el abuso es la fe en que el tierno amor de Dios puede sanar la herida. Una mujer me enseñó un cuadro que había pintado con el telón de fondo del abuso que sufrió: un corazón desgarrado del que brotaban lágrimas a raudales. Cuando le pregunté por su anhelo más profundo, me dijo que anhelaba que Jesús la sanara. Pero que al mismo tiem-

po sentía que este Jesús estaba muy lejos de ella. No lo sentía ni a él ni su fuerza sanadora. Le encomendé la tarea de ponerse la mano sobre el corazón y sentir el calor que aquélla irradiaba sobre éste al respirar. Tenía que imaginar que el amor de Jesús fluía hasta su corazón a través de su mano y formaba una cicatriz sanadora en torno a su corazón herido. Cuando el amor de Dios se hace experimentable, cuando resulta perceptible en el cuerpo, también puede desplegar su fuerza sanadora. Naturalmente, no hay recetas mágicas para curar las heridas. Pero sí creo que el amor de Jesús entra en mí a raudales, una meditación así puede permitirme experimentar algo del amor sanador de Dios.

Un hombre que se había dado por vencido y no quería ya seguir viviendo, era incapaz de aceptar el ofrecimiento del amor de Dios. Bien es cierto que de algún modo creía que Cristo también murió por él, que él era importante para Dios, y que Dios le amaba. Pero en realidad no quería en absoluto creer en ello. Quería cortar todos los lazos con la vida. Estaba harto de todo. Ya no quería seguir. Era demasiado para él. Ya no le encontraba ningún sentido a su vida. En una situación así es difícil hablar del amor de Dios, pues las palabras parecen demasiado piadosas y demasiado ajenas a la situación de esa persona concreta. Intenté tocarle en su anhelo. ¿Acaso no existía en él el anhelo de un amor al que pudiera abandonarse, que le implicara personalmente? El anhelo existía. Pero él no quería admitirlo, porque el hacerlo le habría creado desconcierto. Entonces habría surgido un barrunto de que la vida es, pese a todo, digna de ser vivida. No sé si sus bloqueos llegaron a romperse para que pudiera entrar en él a raudales el amor de Dios. Siempre es un misterio el que alguien se abra realmente y se quite la coraza con la que se ha reves-

tido. Tampoco en este caso hay manera de utilizar el amor de Dios como un simple paño caliente, ni de hablar sólo de la sensación de seguridad que transmite el amor de Dios. Debo tomar en serio su decepción, su desesperación, su fracaso, su negativa a volver a intentarlo. Si examino todo esto con él sin pretender disuadirle, si pienso con él hasta el final su desesperación, quizá descubra que ésta rompe su ego, su seguridad en sí mismo, el edificio de su vida que él mismo ha levantado, y que precisamente todo ello podría ser una profunda experiencia espiritual: la de que Dios le sumerge precisamente en la nada. El amor de Dios no da siempre ni únicamente seguridad; a menudo se enciende en mí precisamente cuando todo en mi interior está destrozado. En medio del dolor por mi fracaso, intuía que en el fondo soy amado. Entonces no pongo este amor por las nubes, sino que me someto a él y paso a estar totalmente sosegado, humilde y libre de mí mismo.

Un sacerdote que solía llegar enfadado a casa, debido a los conflictos que se producían en su comunidad, necesitaba retirarse a la cueva de su habitación para, una vez allí, envuelto en la presencia sanadora y amorosa de Dios, regenerarse de nuevo. También yo puedo retirarme para ponerme hasta arriba de alcohol, o para distraerme viendo la televisión. Pero eso no me sería de ayuda. Ahora bien, cuando me imagino que mi celda es el espacio en el que Dios mismo habita conmigo, puedo sanar en virtud de su amor. Entre los monjes se dice: «*Cella est coelum*», la celda es el cielo, donde el monje habla con Dios como con su amigo, donde se sabe rodeado por el amor de Dios. Es un Dios maternal que me envuelve allí con su amor. Retirarme una y otra vez, con mis conflictos y mi sensación de impotencia, a la cueva del amor divino puede ser saludable. Pero no debo permanecer siempre en la cueva. Lo

mismo que Elías, luego debo volver a ponerme de pie en la montaña, exponerme a la vida con sus conflictos y dejarme exigir por Dios. Dios no es sólo el Dios maternal que me rodea con su amor, sino también el Dios paternal que me atrae hacia fuera y me exige.

Tal como yo lo entiendo, el acompañamiento espiritual consiste, sobre todo, en conducir con prudencia hasta el amor de Dios a las personas, con sus experiencias concretas, sus heridas y sus conflictos, con sus neuróticos comportamientos, sus miedos y sus bloqueos. Naturalmente, debo transmitirles algo de ese amor a mi manera, hablando con ellas y ocupándome de ellas. El amor divino se hace perceptible para el otro cuando no lo evalúo ni lo juzgo, sino que le transmito que todo en él es aceptado, que todo cuanto hay en él lo contemplo con mirada benevolente y clemente. Pero tampoco debo someterme a presión, como si la coraza del desamor tuviera que romperla yo con mi amor. Eso sería exigirme demasiado. Entonces no sería yo permeable al amor de Dios; lo único que me importaría sería la fuerza de mi propio amor, de mi ambición de poder amar saludablemente al otro. Pero en mí no hay, ni mucho menos, tanto amor como para poder eliminar todas las negaciones del amor. A veces también el acompañado se esconde detrás de su coraza y pretende echarme la culpa cuando no sana ni es capaz de creer en el amor de Dios, cuando mis palabras no le llegan. En esos casos noto que él querría transmitirme la herida que él padeció de niño. Me hace arremeter contra el muro detrás del cual se esconde, esperando hasta que me golpeo la cabeza y sangro. Si me meto a tientas en esta trampa, ya no puedo transmitir nada más al otro. Debo aceptar mis límites y respetar su libertad. Si desea seguir encerrado tras su coraza, es cosa suya. Sólo me cabe aguardar, en la esperanza de que en algún

momento el ansia de amor sea más fuerte que el miedo a mostrarse a sí mismo en su necesidad.

El arte del acompañamiento espiritual consiste, a mi modo de ver, en hablar del amor de Dios de manera que dicho amor no parezca una «tirita» piadosa que se pone sobre la herida. Los sacerdotes que lo primero que hacen es hablar del amor de Dios no desean mirar las heridas. Les resultan desagradables, perciben su mal olor, y por eso desean cubrir las lo antes posible con la «tirita». Pero el ungüento del amor divino sólo puede curar cuando se unta sobre la herida, cuando se contempla con amor la herida. Así, debo descender junto con el acompañado hasta la ciénaga de su historia personal, debo sentir en mí el dolor de sus heridas. Debo primero entenderlo, ponerme de su parte, estar junto a él, soportar con él el dolor. Sólo entonces podré hablar con prudencia del amor de Dios. No siempre me surge espontáneamente hablar del amor de Dios de manera que dicho amor le llegue al otro. A veces se debe a la actitud excesivamente reticente de la otra persona. Pero a veces soy yo el que no es suficientemente sensible al estado emocional del otro. Entonces tengo que pensar una y otra vez en mi sueño, en el que se me decía que debo conducir a la gente hasta el amor de Dios con prudencia. Entonces me contengo y me medito en el lugar del otro, para sentir qué es lo que ansía en lo más profundo y qué es lo que le impide entrar en contacto con el objeto de sus ansias.

Pero la incapacidad para conducir con prudencia hasta el amor de Dios no es la única incapacidad que descubro. Con bastante frecuencia me detengo en los problemas del acompañado. Me limito entonces al plano psicológico, aunque soy un acompañante espiritual. Pero sobre el plano psicológico puedo hablar mejor. En él existen métodos

más claros de análisis. Noto entonces que yo mismo desconfío del amor de Dios, que prefiero confiar en los métodos de la terapia antes que en la realidad del amor divino. Entonces tengo que preguntarme una y otra vez: ¿qué te ayuda realmente?, ¿de qué vives en lo más profundo?, ¿qué te sostiene?, ¿qué te motiva?, ¿qué te ayuda a reconciliarte con tus heridas?, ¿por qué te levantas cada día y te cargas tanto?, ¿qué te impulsa en última instancia?... Cuando me respondo sinceramente estas preguntas, tropiezo una y otra vez con el amor de Dios como el auténtico móvil de mi vida. Pero con bastante frecuencia este móvil está oculto por otros estímulos: los del éxito, la validación y el cariño. Así, para mí el acompañamiento espiritual también es siempre una oportunidad de encontrarme conmigo mismo y de preguntarme por las verdaderas motivaciones de mi vida.

La terapia tiene sus métodos para acompañar a una persona en su proceso de devenir ella misma. La tradición espiritual ha desarrollado muchos métodos espirituales para poder avanzar en nuestro camino hasta Dios. En esto, los métodos nunca pasan de ser meras ayudas. En última instancia, que experimentemos o no a Dios es gracia. Desde mi punto de vista, propio del acompañamiento espiritual es considerar y abordar las maneras concretas en que el individuo puede experimentar en su vida el amor de Dios. Si anda ocultándose todo el día tras el trabajo, no debe asombrarse de no sentirse amado por Dios. Necesitamos lugares y tiempos en los que nos expongamos conscientemente al amor de Dios, exactamente igual que un amor humano necesita también tiempo para expresarse y ahondarse. Cuando un matrimonio ya no saca tiempo para estar los dos juntos, su amor no tardar en esfumarse. Los lugares y los tiempos para experimentar el amor de

Dios varían con cada persona. Uno se siente rodeado por el amor de Dios en la Naturaleza. Otro lo siente cuando escucha música, cuando es todo oídos y deja penetrar la música dentro de sí. Para un tercero, un lugar importante es la lectura. Al leer las experiencias de otro, entra en contacto consigo mismo y con su anhelo. Para otro más, el lugar donde se sabe envuelto por el amor de Dios son los rituales que él mismo ha elaborado. Para mí es importante cruzar las manos sobre el pecho al rezar el Padrenuestro en nuestra oración matutina en el coro y sentir en mí, al hacerlo, el amor de Dios. Al darme calor con las manos, puedo tener la certeza del amor de Dios como fundamento desde el que deseo vivir el día.

8

El don del amor



El amor, según nos dice la Biblia, es un don de Dios a los seres humanos, expresión de la bendición divina de la creación. El ser humano, sencillamente, se encuentra con el amor. Le viene dado. Lo experimenta, quíeralo o no. El amor puede enfermarlo o fascinarlo. Es como una brasa que arde en él. Es como una corriente que lo arrebatara. Además, el amor no es sólo el amor entre hombre y mujer, sino también el amor a los hijos, el amor a los seres humanos, el amor a la Naturaleza, el amor como talante fundamental y actitud que marca todo nuestro pensar y nuestro obrar, y el amor entre Dios y el ser humano. En la Biblia hay dos cánticos sublimes al amor: en el Antiguo Testamento, una colección de cantos eróticos de amor, y en la primera Carta a los Corintios la descripción que del amor hace el apóstol Pablo. No puedo escribir sobre el amor sin recurrir a estos textos bíblicos clásicos.

El Cantar de los Cantares

El Cantar de los Cantares es una colección de cantos de amor que ensalzan, con imágenes no superadas, el misterio del amor entre el hombre y la mujer. Probablemente se

compuso en el siglo IV o en el siglo III antes de Cristo, en el entorno de la literatura sapiencial judía. La ocasión tal vez fuera una discusión en el seno del judaísmo acerca del sentido del amor erótico-sexual. Mientras que el libro de Tobías describe el amor matrimonial como la realización de la voluntad creadora de Dios, en el Cantar la apetencia mutua, incluida la apetencia sexual, se ve de una manera positiva. El amor sexual y erótico aparece en esta segunda obra como un don de Dios al ser humano, del que éste puede disfrutar plenamente. Este amor le fascina. Es una fuerza incontenible que viene ya dada con la creación. El ser humano no tiene que aprenderlo. Sencillamente, le acomete. Es una tensión misteriosa entre el amado y la amada. Los cantos de amor del Cantar expresan el anhelo de unión, «la dicha de estar juntos y el dolor de la separación. De ahí que la consternación sea total. Se desea estar juntos siempre y a solas, pero al mismo tiempo se intuye que eso no es posible»³⁹.

El lenguaje de imágenes del Cantar tiene su fuente en los cantos de amor de Egipto, Siria, Mesopotamia y Palestina. En ellos se recurre a atributos de las diosas del amor de Oriente Próximo para describir a la novia. Por eso se describe a la amada con imágenes que evocan la imposibilidad de conquistarla. Su cuello, sus pechos, su nariz... son como una torre. Estas imágenes no se refieren a la forma de su cuerpo, sino a la inaccesibilidad de la amada. Su belleza, que viene a expresarse en el cuello, la nariz y los pechos, es inaccesible como una torre para el amado, el cual no puede conseguir entrar con violencia. Esto se ex-

39. Otmar KEEL, *Deine Blicke sind Tauben. Zur Metaphorik des Hohen Liedes*, Stuttgart 1984, p. 13.

presa aún más fuertemente en la imagen de que ella ha de venir «desde las guaridas de leones, desde los montes de panteras» (Ct 4,8). Ishtar, la diosa del amor, es siempre representada con leones y panteras que la protegen, que dificultan el acceso a ella. La amada aparece como una diosa, inaccesible a la vez que atractiva. El amado se consume en deseos de ella:

«Me has cautivado el corazón, hermana y novia mía,
me has cautivado el corazón con una sola mirada,
con una perla de tu collar.
¡Qué hermoso es tu amor, hermana y novia mía!
¡Más dulce que el vino es tu amor!» (Ct 4,9s).

El amado no puede resistir la mirada de su novia. De la mirada de amor de ella brota una fuerza casi divina. Pero, al mismo tiempo, él experimenta que su amada es inaccesible como una diosa eximida de las bajas realidades de la existencia humana:

«Eres huerto cerrado hermana y novia mía,
huerto cerrado, fuente sellada» (Ct 4,12).

Cuando el amado puede entrar en el huerto cerrado, cuando puede disfrutar del amor de su amada, la experimenta como fuente de nueva vida, como fuente de alegría y placer.

De manera igualmente fascinante se describe al amado como un rey y un pastor que lleva a la mujer hasta la vida y hasta su verdadera dignidad. La mujer está enferma de amor. Está llena del anhelo de llevar al amado a su casa. Él es para ella «bolsita de mirra que reposa entre mis senos» (Ct 1,13). La mirra es un cosmético que difunde un aroma maravilloso. La mujer lleva la bolsita de mirra como un

amuleto al pecho. Gracias al amado, la mujer se vuelve más hermosa y atractiva. En virtud del amor, todo recibe un sabor nuevo. Y ella experimenta una seguridad que nada puede arrebatarse, ni siquiera la muerte. Quiere ser para el amado un sello en su corazón. Su amor ha de desarrollar la vida de él y protegerla de la muerte. Pues lo mismo que un sello ha de mantener lejos a la muerte; el amor puede vencer a la muerte. Es más fuerte que la muerte. Incluso sobrevivirá a la muerte: «Que es fuerte el amor como la muerte, implacable como el sheol la pasión» (Ct 8,6).

Sobre el amor no se puede decir nada más bello que lo expresado en los maravillosos cantos de este libro del Antiguo Testamento. En ellos se canta sin miedo ni vergüenza, sin restricciones morales, la maravilla del amor que fascina a los amantes y les da su belleza interior. Y el amor es siempre algo divino. Esto se expresa con las muchas alusiones que se hacen a las representaciones de las diosas del amor del mundo egipcio y palestinese. El hecho de que el hombre pueda amar a la mujer, y la mujer al hombre, es el mayor don que Dios ha hecho al ser humano: «Si alguien ofreciera su patrimonio a cambio de amor, quedaría cubierto de baldón» (Ct 8,7). Hombre y mujer pueden disfrutar el amor que Dios les ha dado como el mayor don, y nadie debe estorbarles en ello: «No ahuyentéis ni despertéis al amor hasta que quiera» (Ct 2,7).

Siempre que los seres humanos hacen poesía sobre el amor, les acuden a la mente comparaciones con ángeles o con diosas. Y una y otra vez se cree que el amor es capaz de despertar a la vida lo muerto que hay en nosotros, y de sobrevivir a la muerte. Al parecer, el amor entre hombre y mujer refleja el esplendor del amor divino. Y sólo los poetas pueden describir adecuadamente el amor. Quisiera limitarme a dos estrofas de *Diótima*, de Friedrich Hölderlin:

«¡Diótima!, ¡bienaventurada esencia,
gloriosa, en virtud de la cual mi espíritu,
del miedo sana a la vida,
juventud divina se promete!
Subsistirá nuestro cielo,
que misteriosamente intercedió,
pues antes de vernos
nuestro ser más íntimo se conoció.

Entonces me rodea su celestial esencia
dulce en el juego infantil,
y con su hechizo se sueltan
alegremente mis ligaduras;
lejos queda entonces mi mísero afán,
lejos la última huella de la lucha,
y en la plena vida divina
entra la naturaleza mortal».

En la antigüedad eran las diosas del amor las que hechizaban a los seres humanos. En el cristianismo es el amor de Dios, que se hizo visible en Jesucristo, el que resplandece en cada amor humano. Aun cuando, en su origen, el Cantar sólo canta el amor entre hombre y mujer —ni siquiera el amor matrimonial, sino el amor, sin más—, no resulta sorprendente que ya en el judaísmo, y luego en el cristianismo primitivo, este libro fuera entendido e interpretado como una imagen del amor entre Yahvé y su pueblo o entre Cristo y la Iglesia, o bien entre Cristo y el alma individual. La mística siempre ha utilizado el lenguaje erótico de este libro para expresar su experiencia de Dios. San Juan de la Cruz, en su lecho de muerte, no hizo que le leyeran ningún salmo penitencial, sino precisamente este Cantar del amor. La muerte era para él el cumplimiento de

sus ansias de amor. Entonces se inflamó su llama de amor sin restricción alguna, y en el ascua del amor se hizo uno con el Dios amado sobre todas las cosas. Al morir oyó con oídos nuevos las palabras del amor:

«Brasas de fuego son sus brasas,
llamaradas poderosas.
No pueden los torrentes
apagar el amor,
ni los ríos anegararlo» (Ct 8,6s).

San Juan de la Cruz no se escandaliza por el lenguaje tan abiertamente erótico, y a menudo hasta sexual, de estos cantos de amor. Para él, la relación con Dios era el cumplimiento del amor humano. Lo que en el Cantar se describe como amor humano, para él sólo llega a su auténtica esencia en el amor a Dios y en el amor de Dios al ser humano. Su comprensión del Cantar estaba libre de toda pusilanimidad y estrechez moral. No hacía agravio alguno a la sexualidad ni al erotismo. Este santo tomaba el erotismo y la sexualidad como lo que son en lo que respecta a Dios: dones espléndidos que el ser humano puede disfrutar, pero que remiten más allá de la persona amada, a un amor más profundo, al amor entre Dios y el ser humano.

Amor y dolor

Al amor le han cantado los poetas de todas las épocas. Todos ellos han sentido que el amor es el regalo más hermoso que Dios ha depositado en nuestro corazón. Pero el amor también va siempre unido al dolor y la pasión. Quien ama experimenta el cielo, pero también atraviesa el infier-

no de su soledad y de su dolor cuando no encuentra ya a la amada. Por eso la poesía describe sobre todo el destino trágico de los amantes: Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, Abelardo y Eloísa... Sirvan nuevamente de botón de muestra del dolor que entraña el amor unos pocos versos de las lamentaciones de Menón por Diótima, de Friedrich Hölderlin:

«Entonces, tranquilamente sonreíamos,
sintiendo a Dios mismo
en una charla íntima, en un himno del alma,
enteramente en paz con nosotros,
infantil y alegremente solos.
Pero la casa ahora me parece desierta,
ellos me han arrebatado
la luz de mis ojos,
y junto con ella también yo me he perdido.
Por eso vago errante,
y así como las sombras debo vivir,
pues sin sentido, desde hace mucho tiempo,
me parece todo lo demás».

(Traducción de Wera y Ludwig Zeller).

Los poetas tienen a la vista el amor entre hombre y mujer. Pero ven en él el misterio del amor en general. El amor lleva al ser humano a sí mismo. En el amor sabe quién es. Sin amor se pierde. Pero al mismo tiempo los poetas intuyen también que hay un amor que supera el amor entre hombre y mujer. Es el amor de Dios, que resplandece a través de todo amor humano y le sobrevive. Así lo experimentó Hölderlin cuando, al final de la lamentación por la pérdida de Diótima, dice:

«Por eso, a vosotros, ¡oh inmortales!,
quiero también daros las gracias,
para que desde el pecho aliviado
surja de nuevo la oración del poeta.
Y como cuando estaba junto a ella,
erguido en la radiante altura,
reanimándome, desde lo profundo del templo
me habla un dios.
¡Entonces quiero vivir!
¡Ya verdean los campos,
y desde los montes plateados
el sonido de la lira sagrada
nos anuncia la llegada de Apolo!
¡Ven! ¡Todo era un sueño!,
pues ya han sanado las alas sangrientas
y rejuvenecidas reviven todas las altas esperanzas.
Mucho es encontrar lo grande,
y mucho queda aún, y quien así
ha amado, debe seguir
por la ruta que lleva hacia los dioses».

(Traducción de Wera y Ludwig Zeller).

Sí, en última instancia, tampoco la pérdida del amor humano debe hundir al ser humano, porque en el amor al amado resplandeció algo que es indestructible y que lleva hasta Dios. El camino del amor entre hombre y mujer es cantado por muchos poetas como barrunto de un amor divino que no pasa. Con ello expresan lo que la mística ha hecho al utilizar también el lenguaje erótico para describir el amor de Dios. Y en innumerables poemas de amor se hace visible lo que Pablo describió en la primera Carta a los Corintios como su experiencia del amor.

El sublime canto paulino al amor

Cuando Pablo, en el capítulo 13 de la primera Carta a los Corintios, entona un himno al amor, se sitúa dentro de una larga tradición. Recurre sobre todo a modelos griegos. Evidentemente, Pablo recibió una buena formación helénica. Que el amor es más alto que todo lo demás, lo afirmaba ya Platón:

«A mí, Fedro amigo, me parece que, de suyo, Eros es ante todo el más hermoso y el mejor, para luego dispensar este don precisamente a todos los demás»⁴⁰.

Pablo, no obstante, no habla del *eros*, sino de la *agapé*. Los griegos, en efecto, conocen tres expresiones, cada una de las cuales designa un modalidad diferente de amor. *Eros* es el amor ávido, que ama apasionadamente lo que echa de menos y nutre con su fuerza el enamoramiento. *Philia* es el amor de amistad, y lo caracteriza, ante todo, la alegría por la persona a la que se ama; la *philia* desea el bien del amigo por él mismo⁴¹. El grado más alto del amor es la *agapé*, que es una benevolencia fundamental, no sólo con el amigo, sino también con el enemigo; y es amor de Dios y amor a Dios; nada quiere del otro o de Dios, sino que ama al otro por él mismo.

40. Hans CONZELMANN, *Der 1. Brief an die Korinther*, Göttingen 1969, p. 259.

41. Véase sobre todo esto: André COMTE-SPONVILLE, *Ermütigung zum unzeitgemässen Leben. Ein kleines Brevier der Tugenden und Werte*, Hamburg 1998, pp. 298ss.

Algunos teólogos distinguen marcadamente entre estas tres formas del amor. Tomás de Aquino y Bernardo de Claraval, por el contrario, saben que el amor empieza en el cuerpo, que va ascendiendo lentamente del amor ávido, o de concupiscencia, al de amistad, y luego al amor divino. Pero también la *agapé* sigue necesitando la fuerza del *eros*, pues sin ésta queda débil e insignificante. La *agapé* es un amor casto. El *eros*, que se expresa en el acto sexual, puede estar alimentado por el casto amor de la *agapé*; y al revés: la *agapé* puede estar alimentada por el *eros* y por la *philia*.

En el «himno al amor» no aparece referencia alguna a Cristo. Y Pablo deja abierta la cuestión de si se refiere al amor a Dios o al ser humano. Habla en general del amor. El amor es, por tanto, una cualidad de la vida, un poder que actúa en el ser humano, que lo transforma y hechiza. Al mismo tiempo, el amor es un don del Espíritu Santo, una realidad divina que hace al ser humano verdaderamente humano. Con su himno, Pablo responde al universal anhelo humano de amor, que impregna la vida entera. Si la vida llega a ser digna de ser vivida, es sólo en virtud del amor. En las homilias de las bodas se habla a menudo sobre este texto de una manera moralizante. Se le predica a la pareja todo lo que deben hacer y cómo deben amarse. Luego, esto deja más bien una mala conciencia. O, por el contrario, se le habla eufóricamente del amor, sin que se vea cómo puede hacerse realidad. Pablo no habla con euforia. Sencillamente, desea exponer cómo es una vida determinada por el poder del amor. Y Pablo no habla del amor entre hombre y mujer, sino del amor como una fuerza del Espíritu. Quien siente el amor dentro de sí, tiene éxito en su vida, y todo en él adquiere un nuevo aspecto y un nuevo sabor.

En un poema didáctico (1 Co 13,4-7), Pablo señala qué cualidad posee el amor y cómo puede marcar concretamente nuestra existencia. El amor es una fuerza que el Espíritu Santo suscita en el corazón humano, bien mediante la experiencia de ser amado por otro, bien mediante la experiencia espiritual del amor de Dios. El amor no puede definirse ni como un sentimiento ni como un acto de voluntad. Parece ser un poder independiente que actúa en el corazón del ser humano y afecta a todas sus relaciones: la relación con el prójimo, con Dios, con la creación, con las cosas de la vida y con uno mismo. El amor deja su marca en lo que uno piensa, siente, que quiere y hace. Posibilita una nueva condición vital, una nueva percepción de sí. Transforma al ser humano y le confiere una irradiación propia. Por más que se prolongue la reflexión sobre el amor, en última instancia es imposible captarlo y comprenderlo. *Sólo se puede describir en sus efectos:*

«El amor es paciente, es amable.

No se acalora, no es jactancioso,
no se engríe.

No actúa con insolencia,

no busca su interés,

no se deja incitar a la ira,

no toma en cuenta el mal.

No se alegra de la injusticia,

sino que se alegra con la verdad.

Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera,
todo lo resiste.

El amor no acaba nunca» (1 Co 13,4-8).

El amor es paciente, tiene paciencia, tiene un corazón grande y anchuroso. Puede esperar. No es mezquino. Está

abierto a los demás. Pero este corazón anchuroso, la «magna-animidad», no se refiere sólo al trato con los demás. Cuando tengo un corazón anchuroso, me siento de otra manera. Soy libre, estoy abierto. La vida puede entrar en mí a raudales, y ya nunca me quedará fijado en lo negativo que advierto en mí o en los demás. El corazón anchuroso es lo contrario de «cuadrulado», estrecho de miras o testarudo. El ser entero de una persona hace que se note si tiene un corazón anchuroso o un ánimo pequeño, un espíritu angosto.

El amor es amable. La palabra griega significa que el amor se comporta bien, sinceramente, con honradez, y que es saludable, que hace bien a los demás y les procura sanación. Una persona que está llena de amor hace bien al otro. Tiene una irradiación sanadora. En su cercanía se está a gusto. Ve lo bueno en el otro y lo hace aflorar en él. Puesto que cree en lo bueno que hay en el ser humano, trata bien al prójimo.

El amor no es celoso. La palabra griega equivalente a «celos» procede de la idea de que uno hierve interiormente, de que se encrespa y se mueve violentamente por la pasión. El amor es de otra condición. Irradia paz e independencia con respecto a los demás. No se deja llevar por los celos para encadenar al otro a su persona, sino que lo deja libre. Ya el escritor griego Máximo de Tiro veía en la libertad la característica más importante del amor: «Nada odia tanto el amor como la coacción y el temor. Es orgulloso y perfectamente libre, más libre incluso que Esparta»⁴². Quien siente amor dentro de sí es libre. No se com-

42. Hans CONZELMANN, *Der 1. Brief an die Korinther*, p. 260.

para con los demás. Está consigo. Su corazón no está desgarrado por las pasiones. El amor conduce al ser humano hasta sí mismo, hasta su verdadera esencia. Guarda correspondencia con el ser más íntimo de éste.

El amor no es jactancioso. No le hace falta presumir, engreírse, hincharse. En el amor, soy sencillamente yo mismo. Me muestro como soy. No tengo nada que esconder. No tengo que jactarme de logro alguno, estoy contento conmigo porque paladeo dentro de mí el sabor del amor. El amor hace que la vida sea digna de ser vivida. No necesito validación ni reconocimiento. El amor no actúa con insolencia ni de manera indecorosa. No es incorrecto ni desagradable. El amor guarda, más bien, correspondencia con la esencia del ser humano y lo hace bello. Le da el aspecto que es adecuado para él. Sólo quien ama es verdaderamente humano, viene a decir Pablo con esta afirmación. El amor no mira su interés, no busca lo suyo. No gira en torno a sí. No tiene que afirmarse, porque, sencillamente, está ahí. No utiliza al otro en beneficio propio, sino precisamente en beneficio del otro. No espera del otro la felicidad, sino que desea hacerle feliz. No exprime al otro para experimentar placer sexual, sino que quiere hacerse uno con él. El amor está libre del giro constante en torno a uno mismo, que da lugar al miedo a salir perdiendo. El amor no sale perdiendo. Quien está lleno de amor tiene bastante, no se siente obligado a tener cada vez más. Cuando Pablo dice que el amor no se deja incitar a la ira, a primera vista puede parecer problemático, pues ¿adónde hemos de dirigir nuestra agresividad? El amor y la agresividad guardan, al parecer, una estrecha relación. Peter Schellenbaum lo ha descrito de manera muy convincente en su libro *Das Nein in der Liebe*. Sin agresividad, el amor se convierte en una cadena que no deja libre al otro. La

agresividad mantiene constantemente la tensión entre cercanía y distancia. Sin dicha tensión el amor se pierde. La agresividad y el amor son dos polos que se necesitan mutuamente. Evidentemente, Pablo quiere decir otra cosa. El amor no se deja provocar, instigar, no se deja arrastrar a una pasión vehemente, al ataque febril. No se alimenta constantemente del rencor. Tiene más bien la índole de la paz y la fuerza, del calor y la claridad. Tiene el valor para decirle al otro cuándo le ha herido, cuándo se ha enfadado por su culpa. Aclara los malentendidos. Considera también los comportamientos agresivos que surgen una y otra vez en todo amor y que nos libran de hundirnos en una falsa armonía. La palabra griega equivalente a «ira» procede de la noción de «inoportuno, precipitado, vehemente». El amor reacciona adecuadamente. Está en el ahora. No deja que unas palabras hirientes lo arranquen del momento presente. No es susceptible. El susceptible se ve arrancado continuamente del ahora. Las palabras hirientes sacan en él a la luz cuanto de rabia y descontento se ha acumulado debajo de la superficie.

El amor no toma en cuenta el mal. No «pasa factura». En el mundo de la relación, a menudo «se la guardamos al otro». Le hacemos pagar el daño que (creemos) nos ha hecho. Pensamos que una buena relación vive del equilibrio. Si el otro me ha herido, yo le hiero. Lo cual, sin embargo, no produce nunca equilibrio, sino un constante rencor, un círculo vicioso e interminable de heridas mutuas. Sólo el mezquino calcula y carga en cuenta constantemente. Quien, en virtud del amor, se ha ensanchado, no tiene ya necesidad de cargar en cuenta el mal. El amor vence al mal, en lugar de multiplicarlo cargándolo en cuenta. El amor no se alegra de la injusticia, de la ofensa, sino que se alegra con la verdad. Se alegra cuando el otro resalta tal

como realmente es. No quiere despreciarlo con ofensas que le infligen una injusticia.

Pablo concluye la descripción del amor con cuatro afirmaciones fundamentales: «Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Co 13,7).

Esta fórmula se asemeja a los himnos que Platón o Máximo de Tiro entonan al amor. Tampoco en este caso debemos mirar inmediatamente a la relación con el otro. El amor es considerado más bien como un poder absoluto, como un don de Dios que repercute en nuestra conducta entera. El amor todo lo excusa; en realidad, significa que todo lo cubre, lo protege, lo preserva. La palabra griega que así traducimos viene de una raíz que significa «techo, cubierta». El amor es, por decirlo así, un techo protector que nos libra de que la humedad penetre en nuestra casa, de que se apoderen de nuestra casa estados de ánimo negativos. El amor es como una casa en la que podemos habitar, una casa en la que nos sentimos protegidos y a salvo. Y cuando en nuestra casa nos sintamos a gusto, podremos también ofrecer al otro con nuestro amor un techo protector bajo el cual se sepa protegido y aceptado. El amor invita también a otros a nuestra casa de la vida.

El amor todo lo cree. La palabra griega «pisteuein» significa propiamente «fiarse, confiar». El amor está sostenido por una confianza fundamental en los seres humanos, en la vida, en Dios. Sólo cuando creo en alguien, puedo amarlo. Así lo percibe también la lengua alemana, que deriva de la misma raíz, *liob*, las palabras equivalentes a «creer», «amar» y «alabar» (*glauben*, *lieben*, *loben*). *Liob* significa «bueno». Creer (*glauben*) significa, pues, ver bien. Amar (*lieben*) significa tratar bien. Sólo puedo amar lo que tengo por bueno, a aquel en quien confío. Esto es aplicable tanto a los seres humanos como a Dios. No pue-

do amar a un Dios con respecto al cual siento una enorme desconfianza. El amor requiere confianza, pero además se expresa en la confianza y la fe. Al creer en la persona humana, el amor la fortalece y hace aflorar en ella lo bueno. Alabar (*loben*) significa decir también lo bueno. Al poner yo lo bueno en palabras, lo hago real y eficaz.

El amor todo lo espera. La esperanza es otro aspecto de la fe. Aguado algo de aquel a quien amo. Le creo capaz de algo. Tengo la esperanza de que puede desarrollarse, de que lo bueno será en él cada vez más fuerte. El amor penetra las apariencias. Ve más hondo. Descubre en el ser humano ese núcleo bueno que desea florecer en él. Ve en él los signos de vida, de autenticidad, de capacidades y posibilidades que se esconden en su interior. Y el amor lo espera todo de Dios. Cree a Dios capaz de realizar en nosotros y en las personas que amamos el milagro de su amor.

El amor todo lo soporta. Se pone debajo del otro para apoyarlo y sostenerlo. Está de su parte, sea cual sea la manera en que evolucione y lo que revele de sí. Permanece junto a él en todos sus errores y perplejidades. Puede hacerlo únicamente porque todo lo cree y todo lo espera, porque ve lo bueno que hay en el otro y tiene la esperanza de que ese núcleo bueno salga cada vez más a la luz. Es como una columna en la que el otro puede apoyarse, que sostiene la casa de la vida común. En el amor habita una fuerza. La palabra griega equivalente a «soportar», *hypomenein*, procede del lenguaje bélico. Significa: permanecer para repeler un ataque enemigo, exponerse al ataque, no rehuirlo. El amor no se deja poner en fuga tan fácilmente. Entra en la lucha contra las fuerzas enemigas. Cree en la victoria. Es más fuerte que todo cuanto pretende socavar la vida.

«El amor no acaba nunca» (1 Co 13,8). Es manifestación de lo eterno en el tiempo, y por eso nunca tiene fin, mientras que todos los demás dones del Espíritu son provisionales y encuentran su final en la muerte.

Ante todas estas afirmaciones de Pablo sobre el amor, no debemos pensar apresuradamente que hemos de hacer esto o lo de más allá, que no debemos ser iracundos o celosos, que nunca debemos pensar en nosotros mismos, sino siempre en el interés del otro... Si de la descripción de Pablo nos quedamos únicamente con la exigencia, el amor se convertirá para nosotros en una carga excesiva. Pablo describe más bien de qué es capaz el amor. El amor es una fuerza independiente. A veces sentimos que estamos llenos de amor. La mujer que me contó que de repente tuvo un profundo sentimiento de ternura y amor, no sentía ninguna presión moral que la obligara a amar a todos. Sencillamente, estaba llena de amor. El amor fluía a raudales de ella hacia todos los seres humanos, las flores, los animales, su habitación, su cuerpo... Cuando nos vemos arrasados por el poder del amor, vivimos siempre un misterio. El amor es entonces una cualidad de nuestro vivir que no es hacedera. Es un regalo divino. Esto quiere decir Pablo cuando habla del amor como don del Espíritu Santo. Pablo no quiere imponernos exigencias excesivas con su descripción del amor, sino mostrarnos una manera en la que podemos vivir verdaderamente, en la que nuestra vida adquiere un nuevo sabor, en la que queda llena y hechizada por el sabor de Jesús.

Con frecuencia no sabemos por qué, precisamente en este momento, estamos tan llenos de amor y por qué, a veces durante semanas, por más que hablemos del amor, no lo sentimos en absoluto. El momento en que un corazón humano se llena de amor es siempre un instante de gracia.

Lo que podemos hacer para sentir dicho amor en nosotros es lo que he intentado describir en el presente libro. Pero ningún esfuerzo humano puede hacer surgir el amor. Dios mismo –así lo cree Pablo y así lo creen antes que él los griegos con su mito de Eros– causa en el ser humano el amor. El amor es expresión de su divinidad. El amor es divino. Dios es el amor. Quien está en Dios está también en el amor. Y también lo contrario: «Quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él» (1 Jn 4,16). Pero no basta con disfrutar el don divino del amor. Debemos dejar que ese amor fluya también hacia los seres humanos y hacia el mundo. Debemos darle expresión mediante formas de comportamiento nuevas. De lo contrario, se morirá; de lo contrario, nos ahogaremos en el sentimiento del amor. El amor debe correr a raudales para permanecer vivo.

Conclusión



He escrito muchas páginas sobre el amor. Pero su misterio sigue estando cerrado para mí. Lo único que pueden hacer las palabras es acercarnos al amor, nunca sustituirlo. Espero, querido lector, querida lectora, que la palabra «amor», de la que se abusa con tanta frecuencia, haya adquirido para ti un nuevo brillo. Y te deseo que puedas sentir en ti algo del amor, con independencia de que en este momento seas amado por alguien o estés enamorado de alguien. El amor es una cualidad divina. Hechiza nuestra vida. Este amor está en cada uno de nosotros y nos rodea en la creación que nos abraza, en la presencia amorosa de Dios que nos envuelve y en las personas que nos aman. Te deseo que te sepas amado y te deleites en el amor con que amas a otros. Confío en que en tus experiencias de amor, en tus decepciones con el amor y en la alegría que el amor ha provocado en ti reconozcas y percibas el misterio de un amor que ya no es frágil, del que puedes fiarte para siempre, que no se agota, porque se alimenta de la fuente del amor divino que fluye incontenible en ti. Si sientes en ti este amor, puedes estar seguro de que estás en Dios, de que estás iniciado en el mayor misterio de Dios, en el misterio de su amor.